

Facultad de Ciencias Políticas, Sociales y de la Comunicación

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Periodismo

Javier Reverte en África

Viajando del periodismo a la literatura

Alumno/a: Alberto Iván Artiles Cruz
Tutor/a: Dr. Rodrigo Fidel Rodríguez Borges

Curso académico
2015-2016

Esta investigación aborda parte de la obra de uno de los principales exponentes del periodismo y la literatura de viajes de nuestro país. Me refiero a Javier Reverte. El objeto de estudio de la misma, es la trilogía africana del escritor madrileño, compuesta por sus libros *El sueño de África*, *Vagabundo en África* y *Los caminos perdidos de África*. Aunque las tres obras citadas no constituyen toda la producción africana de Javier Reverte, puede afirmarse que conforman su base principal.

En su trilogía africana, el periodista madrileño, narra sus tres primeros viajes al continente negro. Mediante el análisis del contenido de las tres obras que la conforman, se pretende averiguar lo siguiente.

Determinar qué aspectos de la realidad de los países visitados por Reverte, concitan una mayor atención por parte del escritor, y qué parcelas relega a un segundo plano.

También se muestra la visión que tiene el periodista sobre África. Esta se complementa con las aportaciones que sobre el mismo asunto realizan los viajeros que Reverte encuentra durante su travesía.

Junto a las aportaciones de Reverte, que constituyen el corpus principal, se esboza una aproximación al concepto de viaje y al periodismo viajero relacionando a este con el continente africano. Para ello se realiza un breve recorrido por la historia de los viajes a Africa, y se efectúa una aproximación a las biografías de algunos de los principales periodistas que viajaron allí durante las pasadas centurias. También se incluyen parcialmente algunos textos escritos por periodistas que viajaron al continente, con el fin de enriquecer y complementar lo dicho por Reverte.

Índice

1. Introducción	4
2. Objetivos	13
3. Metodología	14
4. Viajeros y reporteros famosos	15
5. Un periodista viajero llamado Javier Reverte	25
6. Los sueños infantiles de Javier Reverte	29
7. Hacia el río Congo	61
8. Conclusiones	84
9. Bibliografía	87

1. Introducción

Esta investigación pretende analizar la obra africana de uno de los más afamados periodistas, y escritores, que ha dado la literatura de viajes española. Me refiero a Javier Reverte, quizá uno de los mayores difusores de la realidad africana que existen en el territorio nacional. Pero vayamos por partes.

Esta introducción consta de dos apartados bien diferenciados. En el primero expondré los motivos que me han llevado a elegir este asunto. En el segundo hablaré sobre el interés que tiene la cuestión

A. ¿Por qué he elegido este tema?

Casi desde que tengo uso de razón, he sentido la curiosidad de saber lo que ocurría a mi alrededor. No era lo que sucedía en mi entorno más cercano lo que despertaba mi mayor interés. Yo me sentía atraído por lo que ocurría fuera de nuestras fronteras, algo que se ha ido consolidando a lo largo de toda mi vida.

Parece que cuanto más cercano es un acontecimiento, más interés despierta en nosotros. A mí me ocurría todo lo contrario. Sentía una mayor atracción por los acontecimientos acaecidos en el exterior, en segundo lugar se situaban los hechos nacionales, y los locales quedaban relegados al último puesto.

De todo lo que ocurría fuera de España, lo que sucedía en los países occidentales rara vez suscitaba mi atención. Por el contrario, eran los llamados países exóticos, los que merecían toda mi atracción. Aunque siempre me han interesado países del continente asiático como Japón,, Vietnam o Indonesia, y más recientemente he tenido la curiosidad de indagar sobre los antiguos países de la Europa del Este, (En especial las ex repúblicas yugoslavas), siempre ha existido un continente que ha estado por encima del resto. Me refiero a África.

Lo que en un principio consistía en sentir curiosidad por los nombres de los deportistas africanos, derivó con el paso de los años en un creciente interés por conocer la realidad del continente negro. Al tiempo que aumentaba ese deseo por conocer dicha realidad,

comencé a albergar deseos de visitar algunos de los países que componen el extenso territorio africano.

Al fin pude hacerlo en 2005 cuando viajé al continente con objeto de visitar Gambia y Suráfrica. De mi periplo por el primero de los países, fronterizo con Senegal, poco puedo hablar.

El viaje se desarrollaba en un solo día en su totalidad. Apenas lo recuerdo. Sé que visité Banjul, que es la capital de Gambia, y poco más puedo recordar de tan frenética travesía. Por el contrario, sí guardo más recuerdos en mi memoria del segundo de mis viajes africanos.

Durante mi estancia en el país que representó la columna vertebral del Apartheid, visité las principales ciudades de la nación. Durban, Ciudad del Cabo y Johannesburgo. Además tuve una breve estancia en Pretoria, que hoy se ha convertido en la única capital del país. Por si esto fuera poco, también visité durante la parte final del periplo, un poblado zulú.

Es lógico que tenga más recuerdos sobre este viaje que sobre el anterior. Y lo es por dos motivos. El primero está relacionado con la duración del viaje. Mientras que como señalé anteriormente, mi periplo gambiano tan sólo duró un día escaso, el surafricano se prolongó durante una semana. El segundo motivo es que quedé fascinado por la modernidad de la nación. Uno siempre se aferra a los buenos recuerdos, y mi estancia en Suráfrica me produjo un buen sabor de boca.

Estas visitas al continente, acrecentaron aún más mi curiosidad por África. De los múltiples aspectos de su realidad, cine, literatura, música o creencias religiosas, había uno que sobresalía por encima del resto. Me atrevería a decir sin temor a equivocarme, que era el único aspecto que despertaba mi interés. Un interés que ha seguido presente hasta la actualidad. Me refiero a la política y a las sociedades africanas.

A partir de aquel momento, comencé a leer las noticias que se publicaban sobre el continente negro. Estas eran muy escasas. Aunque ya estábamos en la que se ha

denominado como era del conocimiento, parecía que el continente africano, estaba sin un lugar decente en la globalización. Pero pocos años después, comenzaron a aparecer algunos medios especializados exclusivamente en el continente africano.

La creación de esas nuevas plataformas, ha contribuido a aumentar mis conocimientos por un lado, y mi curiosidad por el otro. A ellas hay que unir la existencia de periodistas como Javier Reverte, cuyos libros complementan la labor de las plataformas especializadas y enriquecen el contenido africano ofrecido por los medios generalistas, que suele ser deficiente. Mi interés por conocer la realidad que acontece en África es un motivo lógico para pensar que esta investigación verse sobre el denominado como continente oscuro.

B. Interés que tiene el asunto.

Para referirme a este aspecto daré un pequeño rodeo para volver luego al continente africano. Desde el momento en que cualquier ser humano nace, está irremisiblemente condenado a vivir en sociedad. Cualquier persona, por muy solitaria que sea, se verá obligada en algún momento de su vida, a relacionarse con sus semejantes de una u otra forma. Esta interrelación entre los individuos, se prolongará en el tiempo durante toda la vida de cualquier persona, a no ser que viva aislado del mundo en un remoto ecosistema, algo bastante improbable.

Se trata de algo improbable, porque en todas las culturas, ha de darse ese proceso, independientemente de lo primitivas que estas sean. Dicho proceso tiene el nombre de socialización. Para que la socialización se lleve a buen término habrán de intervenir varios agentes. Estos agentes tienen el nombre de agentes de socialización o agentes socializadores.

El primero de todos ellos, es la familia. Su importancia es vital por dos razones. En primer lugar, porque en su seno están los primeros seres que conoceremos. Además, los integrantes de la familia serán un apoyo constante durante el resto de nuestra vida. Por si esto fuera poco, en el seno familiar, tendremos las primeras nociones de lo que está bien y lo que está mal. Es decir conoceremos las normas.

El segundo de los agentes socializadores es la escuela. Su importancia radica en que allí conoceremos a las primeras personas fuera de nuestro entorno más cercano, constituido por la familia. También allí haremos los primeros amigos, y se reforzará el sistema normativo, con nuevas reglas que habrá que cumplir. Todo ello sin olvidarnos de nuestra entrada en el sistema educativo.

Pero tan importante como la escuela y la familia, es otro de los agentes de socialización. Dicho agente, al igual que la familia, nos acompañará durante toda nuestra vida, a diferencia de la escuela. Me refiero a los medios de comunicación masivos. La familia, los vecinos, los amigos y los compañeros de trabajo, nos proporcionan la información necesaria para entender nuestro entorno más cercano.

[A ellos se contraponen los medios de comunicación masivos, que nos preparan para conocer lo que está más alejado de nosotros.](#) Es decir, la realidad que no podemos entender porque no estamos en el lugar en el que ocurren los hechos que se nos describen. Los medios de comunicación son los periódicos, las revistas, las emisoras de radio y de televisión, las páginas webs y el resto de medios digitales.

Su importancia no sólo estriba en que nos narran esa realidad a la que no podemos acceder por falta de proximidad física. Los medios de comunicación masivos también son fundamentales porque nos dicen sobre qué tenemos que pensar, y el modo en el que tenemos que hacerlo. Todos los temas que podamos imaginar están presentes en los medios de comunicación. Los últimos estrenos en la cartelera de cine, los más sonados escándalos de corrupción en la política local nacional e internacional, los goles de la liga, las últimas tendencias en moda y videojuegos, nuevas recetas de cocina, obras teatrales, museos, salud, etc. Todo ello sin olvidarnos de las noticias más sorprendentes. Como no podía ser de otra manera, África también está presente en los medios de comunicación masivos. Sólo hace falta tener un poco de memoria y cierta edad, para darse cuenta de que el continente negro siempre ha estado presente en los medios. Existen multitud de ejemplos que corroboran lo que aquí expongo.

Las hambrunas sufridas por Etiopía en las décadas de los setenta y los ochenta, la invasión estadounidense de Somalia ocurrida en mil novecientos noventa y cuatro, los

atentados contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania en agosto de mil novecientos noventa y ocho, las guerras civiles de Angola y Mozambique, las contiendas en el antiguo Zaire, El eterno conflicto entre Marruecos y el Frente Polisario, el genocidio ruandés que tuvo lugar en la primera mitad de la década de los noventa, el desmoronamiento del régimen racista de Suráfrica, el terrorismo de Boko Haram en Nigeria, los recientes atentados en Mali y Burkina Fasso, las recurrentes hambrunas en Somalia, las matanzas ocurridas en Kenia recientemente, las críticas a la Federación Española de Fútbol por jugar un partido contra la selección de Guinea Ecuatorial, el fallecimiento de Nelson Mandela o la condena por asesinato al atleta Óscar Pistorius, son sólo algunos de los ejemplos que pueden rescatarse.

Con la exposición de estos datos, creará el lector menos avezado que los medios de comunicación ofrecen una cobertura adecuada sobre lo que ocurre en el continente negro. Nada más lejos de la realidad. Los medios de comunicación tienen dos problemas que lastran su cobertura de África. En efecto. Los medios masivos nos ofrecen informaciones sobre el continente africano, pero dichas informaciones son lastradas por dos fenómenos. [El primero es la falta de contexto, y el segundo la falta de seguimiento.](#)

Se nos cuenta que ha sucedido algo en un determinado lugar, por ejemplo Uganda, pero no se nos ofrecen los antecedentes que nos ayuden a comprender la situación. Se nos dice lo que acaba de ocurrir, pero no se nos hace partícipes de las circunstancias que han provocado esa situación. Esta es en síntesis la falta de contexto. Pero si la descontextualización es grave, tanto o más lo es la falta de seguimiento. Ese asunto relacionado con Uganda del que hemos tenido noticia, tiene una evolución descendente en el medio de comunicación. Primero se da la noticia, luego aparece brevemente, y finalmente desaparece, sin que sepamos cómo evoluciona. Esta visión es compartida por el corresponsal de “*La Vanguardia*” en África Xavier Aldekoa.

A continuación reproduzco sus palabras en una entrevista para la revista digital “*Mundo negro*”:

“Y luego hay otro factor que me parece negativo de la cobertura que se hace de África:

No hacemos un seguimiento. Es imposible ver algo sin una línea temporal. Hay un golpe de estado o una revolución en Burkina Faso, surge la noticia, al día siguiente se da un breve y no hay ningún seguimiento. Dos días después ya no hay ningún tipo de seguimiento, qué pasa, hacia dónde va, o si esa revolución ha sido secuestrada por los militares o sigue siendo social... Se descontextualiza, se crea una imagen en la que no se entiende demasiado nada de lo que ocurre”

Es en este punto donde retomo la figura de Javier Reverte.

Multitud de escritores se han acercado al continente oscuro. Lo han hecho desde todos los puntos de vista. Algunos como Alberto Moravia, se han interesado por los rincones naturales, en *Paseos por África*, escrita en mil novecientos setenta y dos, y por las etnias del continente en *¿Y tú de qué tribu eres?* publicada cinco años más tarde.

Otros, como Alberto Vázquez Figueroa han ambientado sus novelas en territorios africanos. *Ébano* (1975), *Tuareg* (1980), *Morir en Suráfrica* (1981), y *África llora* (1994), son algunos ejemplos de su obra vinculada al continente africano. En último término, otros han escrito libros de viajes sobre el que hasta hace apenas una centuria, era un territorio casi virgen para los occidentales.

En este último grupo hay que situar a Javier Reverte. Pero Reverte no se limita a narrarnos las peripecias que le suceden en los lugares que visita, ni a deleitarse describiendo el paisaje que encuentra a su paso. Sus libros africanos son en gran medida un compendio de la historia del continente, ya que a la par que recorre diferentes parajes, nos narra la historia de los lugares en que se sumerge. Es cierto que la historia sigue su curso de forma permanente, y que este no puede detenerse. Pero no lo es menos, que en la obra africana del escritor madrileño podemos encontrar gran parte de la historia de los países recorridos por él. La suficiente como para hacernos una idea del devenir histórico de aquellas regiones.

Con la consulta de su obra podemos resolver por tanto, uno de los dos problemas a los que nos referimos con anterioridad, y que empobrecen la información africana de los medios de comunicación masivos. La falta de contexto. Por desgracia, del otro problema no pueden ocuparse los libros, y han de ser los propios medios quienes se ocupen de él, para ponerle freno. Parece por fortuna, que el surgimiento de los medios

especializados, ha arrojado un poco de luz al final del túnel. Medios como “*Guinguinbali*”, “*Fundación Suro*”, “*Wiriko*”, ayudarán a quien esté interesado a comprender mejor la realidad de África. Quienes consulten estos medios, tendrán otra vía de aprendizaje, sin duda más valiosa que los medios de comunicación de masas, que guían sus faros de forma preferente e inevitable hacia Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, al menos en el caso español.

Esta razón constituye un buen motivo para escarbar en la obra africana de Javier Reverte. Pero existen otros dos motivos. El primero es la equidad. Creo firmemente que todos los territorios tienen que tener cabida en la sociedad. Lo mismo puedo decir de las manifestaciones artísticas, deportivas, culturales y científicas existentes. Desde Estados Unidos hasta Europa, pasando por Indonesia hasta Nigeria, todos los territorios tendrían que tener algún tipo de voz en los medios. Sé que no puedo pretender situar al continente africano en la agenda mediática. Pero resulta evidente que tanto este continente como otros lugares y manifestaciones de diversa índole, no están lo suficientemente valoradas en la sociedad. Eso en el mejor de los casos, ya que en muchos otros, son casi inexistentes.

Pero sí puedo poner el foco modestamente en el continente, poniendo un pequeño grano de arena que contribuya a darle un mayor realce. Por último existe otra razón que hace que la obra africana del escritor madrileño tenga interés. Dicho interés estriba en el diálogo que Javier Reverte establece con los personajes que va encontrando a lo largo de su camino. Durante su travesía, se encontrará con diversos interlocutores, que en algunas ocasiones ofrecerán su visión del continente, algo que puede resultar de interés para el lector. El propio Reverte también nos ofrecerá en ocasiones la visión que le suscita África.

De toda la obra africana de Javier Reverte, su trilogía sobre el continente constituye el principal soporte. Es cierto que esa trilogía no constituye por sí sola su obra africana en su totalidad, pero también lo es que en ella podemos observar con claridad meridiana los aspectos sobre los que Javier Reverte vuelca su atención. Se trata además, de tres libros englobados dentro del género de la literatura de viajes, lo que también hace

aconsejable su elección. La cantidad de países que aparecen en él juega también a favor de la trilogía africana del autor madrileño.

Es cierto que existe otro libro de viajes dedicado a África escrito por Javier Reverte, *Colinas que arden lagos de fuego*. Pero creo más conveniente no incluir este libro y decantarme sólo por analizar la trilogía de África. La razón es que el texto mencionado aborda un viaje por Kenia y Tanzania, países a los que el autor español ya se había desplazado con anterioridad.

Por si esto fuera poco, también dio cuenta de dicho desplazamiento en su libro *El sueño de África*, que constituye junto a *Vagabundo en África*, y *Los caminos perdidos de África*, la trilogía africana de Javier Reverte. En esa trilogía, Reverte recorrerá en mayor o menor medida, Kenia, Tanzania, Uganda, Suráfrica, Zimbabue, Ruanda, la República Democrática del Congo, Etiopía, Sudán y Egipto, lo que resta importancia al cuarto de sus libros de viajes africanos. Zanja las posibles dudas sobre la inclusión de su último texto viajero haciendo referencia a las fechas y a las circunstancias que rodearon a los libros mencionados. Los tres primeros constituyen la cronología de sus viajes africanos desde sus inicios en mil novecientos noventa y dos, hasta completar su trilogía en el último año del pasado siglo. En ellos se recopila lo que le sucedió al autor, y la historia de los lugares que ha recorrido. El cuarto y último se realizó más tarde, ya en pleno siglo XXI. Se trató de un viaje que Javier Reverte realizó con algunos amigos y familiares.

El motivo fue que estos deseaban conocer de primera mano las tierras africanas, algo que por diversas circunstancias, no habían podido realizar. Como es lógico pensar, en los tres libros anteriores existe más información que en el último, y por tanto tienen más valor. En el cuarto de los libros, Reverte visitó algunos parajes naturales que no recorrió en su anterior viaje, y que aprovechó para visitar en esa ocasión. Estos lugares fueron el Lago Tanganica, el Lago Turcana y el monte Kenia. Todo ello sin olvidarnos del transbordador Liemba.

Pero no es necesario el cuarto de los libros para aproximarse a la historia de los países mencionados anteriormente. Primero porque como ya dije antes, la mayor parte de los

datos están en los tres libros anteriores, limitándose el cuarto a hablarnos de los lugares mencionados. Además hay que añadir, que los personajes históricos que aparecen fundamentalmente en él, ya han sido mencionados anteriormente por Reverte.

Finalmente, un detalle muy importante. Los tres primeros textos viajeros del autor madrileño, fueron diseñados como consecuencia de varios viajes, que tenían como misión recopilar información. Con esa información, Reverte elaboraría los libros mencionados. Es decir, que los viajes tenían la finalidad de servir de soporte o argumento a un futuro libro. Por el contrario, *Colinas que arden lagos de fuego*, se pergeñó con posterioridad al viaje. En principio, se trataba de dos viajes de placer a los países mencionados. Reverte no pensaba en escribir nada, pero finalmente, creyó que tenía el material necesario y se lanzó a la escritura del que hasta la fecha es su último libro de viajes sobre el continente africano.

2. Objetivos

A continuación expondré los objetivos que pretendo lograr con la realización de este trabajo.

1. Realizar una pequeña aproximación a algunos de los numerosos viajeros y periodistas que se han internado en el continente africano a lo largo de la historia.
2. Acercarme de forma general a la figura del periodista Javier Reverte
3. Desglosar el contenido de la trilogía africana de Javier Reverte.
4. Acercarme con la ayuda de la obra africana del autor madrileño, a la realidad de los lugares que ha visitado.
5. Reconocer qué aspectos de la realidad africana merecen una mayor atención por parte de Javier Reverte, y los que por el contrario tienen una menor presencia en sus textos.

3. Metodología

Por lo que se refiere a la metodología, hablaré de las fuentes que voy a utilizar para la elaboración de este trabajo.

Estas serán principalmente tres de los libros que Javier Reverte ha escrito sobre el continente negro. Son quizá los más importantes. Me refiero a su trilogía africana, compuesta por los libros que he nombrado en el índice de este proyecto.

Estos son: *El Sueño de África*, *Vagabundo en África*, y *Los caminos perdidos de África*.

Analizaré el contenido de la trilogía africana del escritor madrileño, para determinar de ese modo, qué aspectos destacan en su relato, y que cuestiones tienen en cambio un menor protagonismo. Pero aunque la misión fundamental es analizar el contenido de la obra del autor madrileño, también utilizaré otras fuentes para enriquecer en la medida de lo posible la narración. De esta forma, complementaré lo dicho por Reverte con lo comentado por otros autores que han visitado los mismos lugares que él, o que han abordado algunas de las situaciones o acontecimientos de los que se ocupa.

Los autores elegidos para este propósito son John Carlin, Ryszard Kapuscinski, Alan Moorhead, y Mario Vargas Llosa. El motivo de la elección de estos autores es triple.

Por un lado, son periodistas al igual que lo es Javier Reverte. Por otro, han visitado alguno de los lugares mencionados por Javier Reverte en su trilogía, o al menos se han ocupado de algún acontecimiento o personaje relacionado con dichos lugares. En último término, y no menos importante, el material africano de esos autores, es accesible para mí, algo que no siempre es posible.

Las obras elegidas son *Ébano* de Ryszard Kapuscinski, *El sueño del celta* de Mario Vargas Llosa, *El Nilo blanco* de Alan Moorhead y *La sonrisa de Mandela* de John Carlin. La primera de las obras se ocupa de varios países africanos, la segunda se centra en la vida de Roger Casement en el Congo Belga, la tercera aborda la figura de Nelson Mandela, desde su liberación, hasta el momento en que asumió la presidencia de Suráfrica, y la última aborda la historia de los lugares por los que transita el Nilo, y el asalto al nacimiento del río.

4. Viajeros y reporteros famosos

Podríamos definir el viaje como el traslado o desplazamiento de un lugar a otro, utilizando para el mismo, el transporte terrestre, marítimo o aéreo.

El viaje ha estado presente en todas las épocas y en todas las civilizaciones. Desde la remota Edad Antigua hasta la época actual, pasando por el Medievo, la Edad Moderna y la época Contemporánea.

Hoy los medios para viajar son prácticamente ilimitados. Desde el tradicional desplazamiento a pie, hasta el moderno y sólo accesible para unos pocos, viaje espacial. Pero como es fácil imaginar, no siempre ha sido así.

En los inicios de la civilización humana, los primeros viajes tenían por objeto mejorar las condiciones de vida de las poblaciones que los emprendían. Huir de la sequía o de las adversas circunstancias climáticas, eran las únicas razones para viajar. Pero con el paso del tiempo, las condiciones de vida de las sociedades mejoraron. Dicha mejora, se vio acompañada de otras motivaciones para emprender viajes. Lo que en un primer momento tenía como único objeto la supervivencia pasó a tener otros propósitos. Estos eran el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con otros pueblos. También el viaje tenía como finalidad establecer alianzas militares, por un lado, y conquistar nuevos territorios por el otro. La coyuntura social continuó mejorando paulatinamente, hasta que en el siglo XIX, apareció el turismo.

Con su nacimiento, prácticamente desde su origen, los viajes han adquirido la categoría de negocio. El viaje es en la actualidad un fenómeno de masas. Ahora no sólo se viaja por trabajo, o por necesidad, como se hacía con anterioridad. El turismo ha llegado para quedarse y satisfacer todas las demandas que el usuario pueda imaginar. Estas están relacionadas con el sector del ocio, casi en su totalidad. En la actualidad, existe una oferta prácticamente ilimitada. Turismo cultural, deportivo, gastronómico, necrológico, arqueológico, religioso, etc. Todo ello sin olvidarnos del tradicional desplazamiento vacacional, sin más pretensiones que pasar unos días de descanso en la playa, o visitando a los familiares y amigos, de los que no se tienen noticias desde hace meses.

Aunque puede viajar a todos los lugares que conforman nuestro planeta, y ya no queda ningún rincón que pueda ser considerado como virgen, no siempre fue así.

Como suele ocurrir, el continente africano también fue marginado en el aspecto viajero. Como en tantas otras facetas de nuestra civilización, los europeos y norteamericanos han tenido todo el protagonismo. Pero cuando digo que África sufrió la marginación, no me refiero al hecho de que los viajeros africanos sean unos auténticos desconocidos, algo que como acabo de comentar, sucede prácticamente en todas las áreas del conocimiento. Lo que quiero hacer notar es que los europeos, que llevaban y todavía hoy siguen llevando la voz cantante en todos los ámbitos de nuestra existencia, pusieron su atención en África de forma tardía.

Lo hicieron así, si se compara el momento en que se fijaron en el continente negro con el que lo hicieron en el resto de áreas de nuestro planeta. Efectivamente. Las naciones europeas pusieron antes sus ojos en Asia y en el nuevo mundo, que posteriormente fue conocido de forma universal como América, antes que en el continente africano. África apenas tenía presencia en los mapas. Estaba relegada a un escalafón aún más bajo que el segundo plano. Podría decirse que apenas se conocía su existencia, o algo aún mucho peor. Más que ignorada, algo que por desgracia todavía hoy sucede, África era temida. El temor y el desconocimiento eran palabras asociadas a el llamado continente oscuro. Cuando África era nombrada, aparecían todos los males de la tierra.

África era asociada con selvas impenetrables en las que acechaban todos los peligros imaginables, con animales terribles y salvajes, tribus que practicaban el canibalismo, enfermedades mortales cuya sanación era del todo imposible, y desiertos en los que la simple idea de salir con vida era una auténtica quimera.

En esas circunstancias, es comprensible que los viajeros no se prodigaran en visitar el continente negro. Sin embargo, antes del despegue del interés por África, hubo una nación europea que puso sus ojos en África.

Los primeros occidentales en interesarse por África fueron los portugueses en los siglos XV y XVI.

De todos los viajeros portugueses, destacan Bartolomé Días y Vasco de Gama. El primero arribó al Cabo de Buena Esperanza en Suráfrica, en la década de los ochenta del siglo XV, y el segundo se adentró en territorios de la actual Kenia, y fundó colonias en Mozambique. Su objetivo era llegar a la India para crear una ruta que diera a la nación lusa el control exclusivo del comercio de especias, logrando establecer la ruta señalada en mil ochocientos noventa y nueve.

Pero esta incursión no tuvo un mayor seguimiento, y el continente africano volvió a caer en el olvido. El abandono al que fue sometido por los europeos se prolongó durante dos siglos. En el siglo XIX, África permanecía casi inexplorada, prácticamente virgen. Fue durante esta centuria cuando definitivamente las naciones europeas se interesaron por África. La consecuencia de este interés fue la colonización por parte de varios países europeos de la práctica totalidad del territorio africano. En dicha colonización participaron Inglaterra y Francia en mayor medida, y España, Alemania y Bélgica de una forma menor, al igual que Portugal lo había hecho siglos antes. La colonización africana tuvo su punto culminante en mil ochocientos ochenta y cinco, en la Conferencia de Berlín, en la que se establecieron las fronteras que deberían tener los países africanos. Además del establecimiento de dichas fronteras, el continente fue repartido entre las potencias ocupantes.

Esta situación no varió en exceso hasta que se produjeron las dos guerras mundiales. Con la entrada del siglo XX, comenzó a producirse un descontento en la población local, que comenzaba a pedir una mayor libertad. La situación se hizo insostenible, y tras el segundo de los conflictos bélicos, estalló una ola de descolonizaciones que fue imparable. En los años cincuenta se produjeron las primeras, aunque la gran mayoría tuvieron lugar en las dos décadas siguientes. En la actualidad, y tras la independencia de Namibia en los años noventa del pasado siglo, sólo el Sahara permanece como territorio colonizado. Su caso es único en África y el resto del mundo.

Aunque esta investigación tiene como finalidad abordar parte de la obra africana de Javier Reverte, existieron como es lógico pensar, otros viajeros que visitaron antes que él África. Atraídos por los ecos de la colonización, se aventuraron en el continente

viajeros de diverso pelaje, con mayor o menor fortuna. Periodistas, exploradores, comerciantes, militares o simples aventureros, quisieron probar suerte y adentrarse en el continente. Tal vez buscaban una gloria eterna, o quizá, por encima de la notoriedad, una suerte que les había sido esquiva.

A continuación me referiré brevemente a alguno de ellos.

Si hemos de mencionar a algunos de los viajeros que han pisado el continente africano durante algún momento de su vida, uno de los más importantes sin ningún género de dudas, fue [Henry Morton Stanley](#).

Henry Morton Stanley nació en Denbigh, (Gales) en mil ochocientos cuarenta y uno. Aunque ha pasado a la historia como Henry Morton Stanley, este no fue el primer nombre que tuvo el explorador galés. El nombre con el que vino al mundo, fue John Rowlands. Tuvo una infancia difícil, lo que sin duda le marcó para el resto de sus días. Posiblemente, las vicisitudes que tuvo que soportar durante sus primeros años de vida, labraron su mal carácter, y el odio que llegó a sentir por la mayoría de sus semejantes.

Durante los primeros años de su vida fue cuidado por sus abuelos. Al cumplir los cinco años, vivió durante un breve período de tiempo con sus primos. Posteriormente fue enviado a un internado. Los problemas que tenía su familia imposibilitaban que pudieran hacerse cargo de él. Allí permaneció hasta los quince años. Los continuos maltratos a los que le sometían, le hicieron tomar la determinación de escapar. Regresó a su aldea, cursó la educación básica, y se desempeñó en diversos trabajos, que apenas si le daban un jornal con el que subsistir. Ante las escasas perspectivas de mejora que tenía, se embarcó en un carguero rumbo a Nueva Orleans. Una vez allí, conoció a un comerciante llamado Henry Morton Stanley, que le adoptó.

Ese mismo año, mil ochocientos cincuenta y nueve, cambió su antiguo nombre por el de su nuevo progenitor. Parecía que la suerte le era propicia. Sin embargo, al poco tiempo de conocer a su padre, este falleció, y todos los proyectos que pudiera albergar el

explorador galés, parecieron desvanecerse. Tras la muerte de su padre, comenzó a llevar una vida errante. Desempeñó los más diversos oficios. Participó en la Guerra de Secesión americana, y comenzó a ejercer como periodista en el oeste de Los Estados Unidos. Fue precisamente el periodismo el que le devolvió la fortuna, y el que le recompensó por todos los sinsabores que la vida le había deparado.

En mil ochocientos sesenta y siete comenzó a trabajar para el *New York Herald*. Fue destinado a distintos puntos del globo terráqueo. Desempeñó su labor en Etiopía, Beirut, Grecia, y España, donde cubrió las guerras carlistas. Se encontraba Stanley en la madrileña Calle de La Cruz, en mil ochocientos sesenta y nueve, cuando su jefe, [James Gordon Bennett](#), le conminaba a realizar una misión que a la postre, no sólo le llenaría de orgullo por lograr cumplir su deber profesional, sino que le otorgaría una fama eterna. Dicha misión consistía en encontrar al misionero [David Livingstone](#), de quien apenas se tenían noticias desde hace un año.

En mil ochocientos setenta y uno, tras ultimar todos los preparativos, arribó a Zanzíbar, y en noviembre de ese mismo año, encontraba a Livingstone en Ujiji. Stanley regresó triunfal con dos certezas. Una física, relacionada con el periodismo, y la otra mental.



La primera era una exclusiva, y consistía en demostrar que Livingstone continuaba con vida. La segunda era la convicción de que no podía desaprovechar lo que le acababa de otorgar el continente negro. Por eso continuó buscando y labrándose su fama en África. Stanley regresaría varias veces al que él denominó como el continente oscuro. La primera de las veces que regresó a África lo hizo para terciar en la polémica sobre las

fuentes del Nilo. Existían tres tesis al respecto, Defendidas por Burton, Speke y Livingstone. Burton pensaba que el río nacía en el lago Tanganica, Speke que ocurría lo propio en el lago Victoria, y Livingstone situaba el nacimiento del Nilo en el río Lualaba. Stanley comprobó que Speke era quien tenía razón. Con posterioridad volvió a África para ayudar al rey Leopoldo II de Bélgica a conquistar la actual República del Congo. Esta misión la desempeñó entre los años mil ochocientos setenta y nueve y mil ochocientos ochenta y cuatro. Tres años más tarde regresaría a África para rescatar al gobernador sudanés Emin Pasha. Su viaje se prolongó hasta mil ochocientos ochenta y nueve. Esta sería su última incursión africana. Stanley murió en mil novecientos cuatro en Londres.



Lago Tanganica

Otro de los viajeros que pusieron sus ojos en África y que merece tener unas líneas en esta investigación es Ryszard Kapuscinski.

Ryszard Kapuscinski nació en Pinsk (Antigua Polonia y actual Bielorrusia) en marzo de mil novecientos treinta y dos. Aunque comenzó a estudiar historia y arte en la Universidad de Varsovia, pronto se decantó por el periodismo. Sus inicios en la profesión se produjeron cuando apenas contaba con dieciocho años en la revista “Hoy y Mañana”. Poco tiempo después pasó a trabajar para la Agencia Oficial de Prensa polaca. Su valía no pasó desapercibida para el resto de medios extranjeros, que vieron en él un extraordinario comunicador. Por eso no es de extrañar que comenzara a

colaborar para diversos medios extranjeros durante los años cincuenta, cuando comenzaba a asentarse en la profesión. Entre los medios más destacados para los que escribió, podemos destacar:

“*Time*”, “*The New York Times*”, “*Frankfurter Allgemeine*” y el periódico mexicano “*La Jornada*”. Su buen hacer le llevó a cubrir algunos de los más importantes acontecimientos internacionales en Asia, Europa y América. Guerras, golpes de Estado y revoluciones. Por lo que respecta al continente africano, fue testigo del derrumbe de los imperios coloniales, y de la efervescencia descolonizadora del continente, que ardía en deseos de emanciparse por completo de las metrópolis.

A partir de mil novecientos sesenta y dos, compaginó su labor periodística con su faceta literaria. Entre sus obras podemos destacar las siguientes:

Imperio, en el que aborda la situación de la desaparecida Unión Soviética desde que esta invadió Polonia hasta que la visitó como corresponsal, *Ébano*, que está considerado como uno de los mejores retratos que se han escrito sobre el continente africano, *El Emperador*, en el que analiza la figura del monarca etíope Haile Selassie, considerado como el último descendiente del Rey Salomón y último emperador de Etiopía, *Un día más con vida*, en el que analiza la descolonización portuguesa de Angola, y *La Guerra del Fútbol*, cuyo eje central es [el conflicto que tuvo lugar entre El Salvador y Honduras](#) a raíz de la disputa de un encuentro futbolístico entre ambas selecciones en mil novecientos sesenta y nueve. Junto a su labor como escritor, desde principios de los sesenta, ejerció como profesor en varias universidades y en diversas instituciones. Entre las más importantes figura la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada por [Gabriel García Márquez](#).

Su prolífica labor, le llevó a obtener diversos galardones. Quizá el más destacado sea el Premio “*Príncipe de Asturias*” de Comunicación y humanidades que obtuvo en el año 2003, junto al teólogo peruano Gustavo Gutiérrez Merino.

Kapuscinski murió en enero de 2007 aclamado por todos sus compañeros de profesión. Sin embargo, en 2010, apareció una polémica biografía que ponía en tela de juicio algunas de sus afirmaciones. Por ejemplo su estrecha relación con “El Ché” que Domoslawski tilda de inexistente o la [tendencia a la fabulación constante para](#)

[engrandecer su narración](#). A pesar de ello, parece que el texto escrito por Artur Domoslawski, no ha logrado acabar con el prestigio del escritor polaco, que permanece prácticamente impoluto entre el gremio de los periodistas.

No puedo finalizar este epígrafe sin mencionar al que es sin duda junto a Javier Reverte, uno de los autores en lengua española que más ha puesto su atención en el continente africano.

Me refiero a [Alberto Vázquez Figueroa](#). La razón de incluirlo en estas líneas no estriba sólo en que durante una parte de su vida ejerció como reportero. También importa y mucho, como no podía ser de otra manera, tratándose de una investigación de este tipo, que ha visitado el continente negro. Pero tan importante como lo anterior, es su condición de novelista. Considero fundamental esta circunstancia para enriquecer el trabajo propuesto. Así tenemos por un lado el periodismo tradicional representado por Stanley y Kapuscinski, y una visión novelada del continente, uno de cuyos principales exponentes es Alberto Vázquez Figueroa.

Alberto Vázquez Figueroa nació en mil novecientos treinta y seis en Santa Cruz de Tenerife. Cuando apenas tenía un año de vida, tuvo que exiliarse al Sáhara ya que su familia era represaliada por motivos políticos, siendo su padre encarcelado. Cuando ya habían transcurrido varios años de su exilio, falleció su madre. A raíz del fallecimiento materno, pasó a estar bajo el cuidado de uno de sus tíos, que era gobernador civil del Sáhara. Esta circunstancia contribuyó a forjar su interés por la lectura. Su tío le proporcionó numerosos libros que él devoraba insaciablemente. De todos ellos, sus favoritos eran los de aventuras, algo que podía hacer pensar lo que ocurriría más tarde. Que el entonces joven, tenía un futuro más que prometedor como escritor de libros de aventuras, gracias a los libros de Joseph Conrad, Julio Verne y Herman Melville entre otros.

La dura infancia que le tocó vivir, mejoró con la liberación de su padre. Sin embargo, tuvo que ser hospitalizado al contraer la tuberculosis. Regresó a Tenerife con dieciséis años. Una vez allí, entró a formar parte del buque escuela de submarinismo Cruz Del Sur, en calidad de docente. Cuando hubo recaudado el suficiente dinero, se trasladó a Madrid donde obtuvo el diploma en periodismo, que otorgaba la Escuela Oficial de

Periodismo de Madrid. Al no encontrar trabajo en un breve período de tiempo, optó por dar la vuelta al mundo con algunos de sus antiguos compañeros del buque escuela. Tras concluir su periplo viajero, pasó un breve espacio de tiempo en Marruecos ejerciendo varios oficios, hasta que al fin regresó a España.

Comenzó a trabajar como periodista en mil novecientos sesenta y dos. Fue enviado especial de “*Destino*”, primero y corresponsal de guerra del diario barcelonés “*La Vanguardia*”, después. Posteriormente trabajaría en *Televisión Española*, colaborando en el programa “*A Toda Plana*”, junto al mítico reportero Miguel de La Quadra Salcedo. Pero a la vez que cultivaba el periodismo, Vázquez Figueroa también dedicaba tiempo a su otra gran pasión, la literatura. Una pasión, que le reportaría, grandes beneficios. Unos beneficios que todavía hoy disfruta. Aunque escribió su primera novela con catorce años, *Arena y viento*, esta no sería publicada hasta tres años después, pasando sin pena ni gloria por las estanterías de las librerías españolas. Hubo que esperar a que hubiera publicado más de una decena de títulos, para que por fin la obra del autor canario fuera reconocida, pudiendo obtener así el éxito que tanto ansiaba.

En efecto, en mil novecientos setenta y cinco, cuando ya poseía una dilatada carrera periodística, y estaba asentado en la profesión, escribió *Ébano*. Esta novela que transcurre en África y que tiene como eje pendular el tráfico de esclavos, fue la que le catapultó a la fama. A partir de ahí, Vázquez Figueroa pudo abandonar el periodismo, y se dedicó por completo a la literatura. África y América son sus espacios predilectos a la hora de situar los lugares en los que transcurren sus obras. Entre sus obras africanas, junto a la mencionada *Ébano*, podemos mencionar:

Morir en Suráfrica, que se desarrolla en la Sudáfrica segregacionista, la trilogía *Tuareg*, *Los ojos del Tuareg* y *El último Tuareg*, que gira en torno a varios integrantes de la mítica etnia del desierto ([podemos observar en este Documental algunas de sus costumbres y su dura forma de vida](#)), y *África llora*, un descarnado retrato de los males que aquejan al continente, que se inicia en Etiopía, y recorre otras naciones como Sudán. Junto a estas obras, merece ser destacada la saga *Cien Fuegos* que transcurre en el continente americano.

Algunas de sus obras, como *Ébano*, *Tuareg* o *Manaos*, han sido llevadas a la gran pantalla. Junto a su extensa producción novelística, que abarca más de ochenta títulos, Alberto Vázquez Figueroa ha desarrollado también otra faceta tal vez menos conocida. Me refiero a su labor como inventor. Ha ideado un sistema para potabilizar el agua salada por presión, a la vez que se obtiene energía eléctrica. No obstante, a pesar de sus loables intenciones, no ha recibido el apoyo suficiente para poner en funcionamiento esta y otras iniciativas. La falta de apoyos públicos y privados ha impedido que sus múltiples ideas salgan a la luz, haciendo que hayan caído irremisiblemente en el olvido.

En 2007 publicó su novela *Por mil millones de dólares*, poniendo la misma a disposición de los lectores en su web personal. Las novelas que ha ido publicando desde entonces, pueden conseguirse tanto en las librerías, como en su propia web de forma gratuita. Vázquez Figueroa, es uno de los más reputados novelistas en lengua hispana, siendo uno de los que mayor cantidad de ejemplares ha logrado vender. A pesar de el éxito que ha obtenido con sus novelas, dicho éxito no se ha visto refrendado en demasía por la crítica. Prueba de la contraposición que existe alrededor de su figura entre la crítica literaria y el público masivo, son los escasos galardones que se le han concedido. Aunque fue candidato al Premio Nadal con su novela *No creo en nadie*, en mil novecientos sesenta y seis, y rechazó el premio Planeta, pocos galardones jalonan su prolífica trayectoria como escritor. Hubo que esperar al año 2010 para que se le otorgara el premio Alfonso X el Sabio de novela histórica por su novela *Garoé*. En la actualidad, Alberto Vázquez Figueroa alterna su residencia entre la Isla de Lanzarote y Madrid, y continúa desempeñando su labor literaria, a la vez que publica en su blog personal

5. Un periodista viajero llamado Javier Reverte

Javier Reverte es sin ningún género de dudas, uno de los escritores más laureados de las letras hispanas. Es tal vez junto al recientemente fallecido Manuel Leguineche el más claro exponente de la literatura de viajes de nuestro país. La gran aceptación que ha tenido su obra por parte del público, y la buena acogida que le ha brindado la crítica especializada, contrasta con la escasa difusión que la literatura de viajes ha tenido en España, en contraposición con lo que sucede en otras naciones de nuestro entorno más cercano.

Javier Reverte nació en Madrid en mil novecientos cuarenta y cuatro.

Si con los viajes ha logrado ganarse la vida, parece que fue también un viaje el que le cambió por completo, y el que le decidió en buena medida a ganarse la vida recorriendo mundo. Eso afirma en una entrevista concedida a Lagenda.org, (guía Web de ocio de la isla de Tenerife). Preguntado acerca del viaje que cambió su vida el autor madrileño afirma lo siguiente:

“Muchos. Quizás el que más, la primera vez que vi el mar –yo soy de Madrid-, cuando tenía once años, en Galicia. Supe entonces que el mundo era inmenso y que quería recorrerlo”.

Ese primer viaje se vio alimentado por el cine, los tebeos y los libros de aventuras de escritores consagrados como Joseph Conrad o Julio Verne. Estas lecturas y su imaginación, le llevaron primero a querer ser misionero, y posteriormente explorador. Sin embargo, acabó decantándose por el periodismo. Estudió filosofía y periodismo y comenzó a ejercer la profesión periodística. Se desempeñó como periodista durante casi tres décadas de forma ininterrumpida.

Entre mil novecientos setenta y uno y mil novecientos setenta y tres fue corresponsal en Londres. A partir de ese año, ejerció la misma labor en París hasta mil novecientos setenta y siete, para finalizar su periplo como corresponsal en Lisboa al año siguiente. Posteriormente fue enviado especial, asistiendo a los más importantes acontecimientos internacionales. Asimismo su dilatada trayectoria en la profesión le permitió tocar todos los ámbitos de la misma. Ha sido guionista para radio y televisión, articulista,

editorialista, cronista político, entrevistador, reportero del programa de Televisión española “*En Portada*”, y subdirector del desaparecido diario “*Pueblo*”. Pero parecía que el periodismo se le quedaba pequeño. Su intención a comienzos de los noventa era abandonar la profesión periodística para dedicarse a la literatura. Y dicho y Hecho. Javier Reverte lo arriesgó todo, y su apuesta le salió bien.

Durante un largo tiempo se había larvado en su cabeza la idea de recorrer los paisajes con los que tanto tiempo había soñado durante su más tierna infancia. Fue África, el continente olvidado, el que le dio la oportunidad de desvincularse del periodismo para centrarse de lleno en la literatura. En mil novecientos noventa y dos, lo que en principio apenas iban a ser unos reportajes, se convirtió en una estancia de tres meses en varios países africanos. A su regreso, tuvo innumerables dificultades para que sus textos fueran publicados, pero en mil novecientos noventa y seis, aparecieron bajo el título de *El sueño de África*. Esta obra, en la que el escritor madrileño se interna en Uganda, Kenia y Tanzania, sería el comienzo de su trilogía africana, y su despegue definitivo como escritor. Hasta ese momento, si bien la mayor parte de sus escritos eran periodísticos, había hecho algunas incursiones en el territorio de la novela.

Dos años después de la publicación de *El sueño de África*, apareció *Vagabundo en África*, la segunda de las obras que conforman su trilogía africana. En esta ocasión, Javier Reverte se adentra en Suráfrica, Zimbabue, y Ruanda, y vuelve a visitar el que considera su país favorito del continente negro, Tanzania. Cuatro años más tarde, aparecería la última pieza de su trilogía africana, *Los caminos perdidos de África*. En esta ocasión Etiopía, Sudán y Egipto serán los lugares que centren toda su atención.

De entre sus obras viajeras también podemos destacar *La aventura de viajar*, en la que recopila algunos de sus viajes, desde su niñez hasta sus últimos viajes en solitario como mochilero, sin olvidarse de sus crónicas periodísticas. Pero no sólo ha escrito sobre el continente africano, si bien es innegable que gran parte de su obra está ligada al continente negro. También ha escrito sobre América. *El río de la desolación*, (2004), en el que recorre el río Amazonas, donde casi pierde la vida al contraer la malaria, y *El río*

de la luz, (2009) en el que sigue la estela de los viajeros que fueron a Canadá invadidos por la Fiebre del Oro, son ejemplos de lo que aquí expongo.

Aunque sus libros de viajes son quizá los más conocidos, no es este el único género que Javier Reverte ha cultivado. También ha publicado novela y poesía. Incluso se ha atrevido con la biografía. Así lo hizo al narrar la vida del jesuita español Pedro Páez, en *Dios el diablo y la aventura*. Páez fue el primer español que vislumbró Las fuentes del Nilo, y [probablemente también el primer europeo](#), en contraposición con lo que se sostiene la historia oficial que otorga este descubrimiento al británico James Bruce. De la producción novelista de Reverte podemos destacar *La noche detenida*, que obtuvo el “Premio de Novela Ciudad de Torrevieja” en 2001, y *Barrio Cero*, con la que el autor madrileño se hizo en 2010 con la decimoquinta edición del premio “Fernando Lara”. De su obra poética podemos mencionar *Metrópoli* y el *Volcán herido*. Pero aunque la mayor parte del tiempo lo ha dedicado a la escritura, también ha participado en otras iniciativas.

En 2013 colaboró con la agencia de viajes “Endake” en la novedosa propuesta “Coloquios en la hoguera”. La agencia organizó un viaje para recorrer algunas regiones de Kenia y Uganda. La intención era ofrecer algo más que paisajes exóticos. Se trató en suma, de aprovechar los amplios conocimientos que Javier Reverte poseía sobre África, para que los viajeros pudieran aprender algo más sobre el continente vecino. También ha participado en las dos últimas ediciones de “Periplo”, el certamen de literatura de viajes y aventuras que se celebra anualmente en la localidad tinerfeña del Puerto de La Cruz desde 2013.

Aunque ha logrado poder dedicarse por completo a la literatura, continúa realizando ocasionales colaboraciones periodísticas, relacionadas normalmente con aspectos viajeros. El portal de viajes “Ocho Leguas” perteneciente al diario “*El Mundo*”, y la revista electrónica “*Viajes al pasado*”, son algunos de los medios para los que colabora. Entre sus colaboraciones, destaca un [reportaje aparecido en ABC](#), en el que se interesa por la misión española que se encarga de combatir la piratería en aguas somalíes.

Finalizo con dos pinceladas informativas. La primera es más bien anecdótica, o para ser más exactos, curiosa. Al igual que ha ocurrido con otros muchos autores, alguna de sus obras fue llevada al mundo del celuloide. La obra escogida fue *El aroma del Copal*. Pero la poca repercusión obtenida, y el desencanto del autor con el tratamiento que su libro ha tenido en la gran pantalla, han detenido los acercamientos entre la prosa de Reverte y el séptimo arte.

La segunda pincelada es de mera actualidad, y no tiene otra pretensión que la de informar. La última obra del escritor madrileño ha sido publicada en 2015, y lleva por título *Un verano chino*. En ella Javier Reverte plasma su primer acercamiento al continente asiático, analizando la realidad de China, uno de los países más pujantes del mundo actual.

6. Los sueños infantiles de Javier Reverte.

La primera de las obras relacionadas con la literatura de viajes de Javier Reverte es *El sueño de África*. El libro no se inicia con el relato de viajes propiamente dicho, pues hay un pequeño preámbulo que precede al inicio del relato. Dicho preámbulo se inicia con una dedicatoria. En ella, incluye a sus hermanos (Jorge, Isabel, Jose y Cris), y a su primo Fernando, que leían los mismos libros que el autor sobre el continente africano durante sus primeros años de vida. No se olvida Javier Reverte, de incluir a sus padres también en ella. Si sus hermanos compartían sus lecturas y su afición por África, fueron sus progenitores quienes le inculcaron su fascinación por el continente negro. Mientras que por un lado, su padre le ofrecía sus primeras lecturas, su madre por el otro, le narraba historias protagonizadas por leones y cazadores para lograr que se durmiera durante las noches.

Tras concluir la dedicatoria, continúa el escritor madrileño con un breve paréntesis para luego volver a los agradecimientos. En dicho paréntesis nos asegura que el viaje que va a narrar a continuación, tuvo lugar entre los meses de enero y abril de mil novecientos noventa y dos, y que aunque todos los personajes y escenarios que aparecen en la historia son reales, en algunas ocasiones ha cambiado la realidad, para que según dice, “ganase la coherencia del relato”.

Por lo que a los agradecimientos se refiere, están dedicados completamente a cuatro mujeres. Dos de ellas ya han sido mencionadas con anterioridad. Se trata de su madre y su hermana Isabel. La primera acababa de fallecer antes de que la obra fuera publicada, por lo que no ha podido leerla. Por eso es comprensible la emoción que embarga al escritor madrileño cuando afirma lo siguiente: “Espero que si hay otro mundo, pueda leerlo allí”.

Su hermana viajó antes que él a Uganda, uno de los países que recorre Javier Reverte en su periplo africano. Fruto de ese viaje, obtuvo valiosas informaciones que fueron de gran provecho para el autor madrileño. Las otras dos mujeres a las que menciona Javier Reverte son [Cristina Morató](#) y Carmen Rodríguez. Cristina Morató, que en los últimos tiempos se ha convertido en una de las principales escritoras de nuestro país en general, y en el terreno de los viajes en particular, ejercía por aquel entonces como fotógrafa.

Acompañó a Javier Reverte en su viaje por algunos de los rincones de Uganda que visitó. Carmen Rodríguez, por su parte, colaboró con ambos autores en la organización de su viaje por territorios ugandeses, prestándoles una gran ayuda.

Finaliza este preámbulo Javier Reverte recordando a dos autores que escribieron sobre el continente africano. Los autores mencionados por Javier Reverte son [Joseph Conrad](#) y [Graham Greene](#). Reverte les brinda un particular homenaje haciéndose eco de dos pasajes, pertenecientes a dos obras diferentes, pertenecientes cada una a uno de los dos autores mencionados. En el caso conradiano, la obra mencionada es *El corazón de las tinieblas*, el pasaje elegido por Reverte es el siguiente.

“Cuando era un niño tenía pasión por los mapas. Miraba horas y horas Sudamérica, África, Australia, y me hundía en ensoñaciones sobre las glorias de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la tierra. Y cuando daba con uno, lo encontraba particularmente atractivo. Ponía mi dedo sobre un lugar y decía. Cuando crezca iré allí.

El polo norte era uno de ellos. Otros se esparcían alrededor del Ecuador.

Pero había uno, el mas grande, el espacio en blanco más grande de todos, y ese era el que me producía mayor ansiedad”

Por lo que respecta a Graham Greene, el pasaje escogido que probablemente pertenezca a *Un caso acabado* es el siguiente:

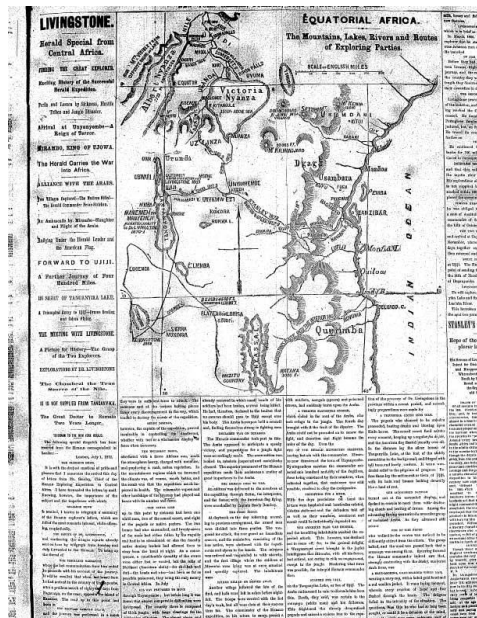
“África será siempre la de la época de los mapas de la era victoriana. El inexplorado continente vacío con forma de un corazón humano”

La obra *El sueño de África* consta de tres partes, desarrollándose la primera de ellas por completo en Uganda. Su título es *Los grandes lagos*. Las otras dos partes de que consta el relato tendrán lugar en territorios de Tanzania y Kenia.

El primero de los capítulos del libro se titula “*Mitos sueños y ataúdes*”. El capítulo comienza haciendo referencia a dos de los personajes más famosos que han protagonizado la historia del continente. David Livingstone y Henry Morton Stanley, a quienes hemos mencionado en un apartado anterior. El escritor madrileño se hace eco del encargo que le hizo el director del “*New York Herald*” James Gordon Bennett a

Stanley de encontrar a Livingstone. Según cuenta Reverte, el reportero galés estaba trabajando en un asunto relacionado con el general Prim en la capital de España, cuando su jefe le requirió para que se trasladara de inmediato a París. Su misión era encontrar a Livingstone que llevaba tres años viajando por África, y del que hacía ya bastante tiempo no se tenían noticias. Llegados a este punto parece conveniente al menos mencionar brevemente a James Gordon Bennett.

Durante el siglo XIX, la prensa obtuvo por fin la categoría de medio de comunicación de masas. Este hecho tuvo lugar principalmente en Estados Unidos, y James Gordon Bennett, fue una de las principales figuras de la industria periodística estadounidense. James Gordon Bennett nació en Escocia en mil setecientos noventa y cinco, pero muy pronto se trasladó a Estados Unidos para vivir en la ciudad de Nueva York. Tras desempeñarse como corresponsal, se encomendó a la tarea de fundar un periódico que pudiera competir con el “*New York Sun*”, que por aquel entonces era la principal publicación de la ciudad de la Gran Manzana. En mil ochocientos treinta y cinco lograría por fin su objetivo, con el nacimiento del “*New York Herald*”.



A las informaciones sobre sucesos, que eran el principal reclamo para los ciudadanos neoyorkinos, se unían noticias sobre la política y la religión. Además fue el primer diario en incorporar la información deportiva en sus páginas, una tendencia que desde entonces han seguido todos los periódicos generalistas. La inclusión de las cartas

enviadas por los lectores y la aparición de un suplemento dominical completaban este novedoso panorama.

Pero no fue James Gordon Bennett padre, sino su hijo, quien tenía el mismo nombre que su progenitor, quien encargó a Stanley la tarea de encontrar a Livingstone, de quien como ya hemos dicho, no se tenían noticias desde mucho tiempo antes. Entre las contribuciones de James Gordon Bennett JR, destaca sin duda la creación de la edición europea del periódico, radicada en París, que fue el germen de la posterior aparición del “*International Herald Tribune*”, que en la actualidad está apadrinado por el archiconocido “*New York Times*”.

Javier Reverte reproduce las palabras exactas que Gordon Bennett dijo a Stanley cuando le hizo aquel célebre encargo en el capítulo primero “Mitos, leyendas y ataúdes”, en la página 21:

“Encuentre a Livingstone. Pero primero asistirá usted a la inauguración del canal de Suez, y desde allí remontará el Nilo. Al remontar el río, haga una descripción de todo cuanto haya de interesante para los viajeros aficionados, y prepare una guía muy práctica en la que se dé a conocer todo lo que merece ser visto, y la manera de verlo. Terminada esa primera parte de su cometido, sería bueno que fuera a Jerusalén, pues he oído decir, que el capitán Warren hace allí descubrimientos de gran importancia. Luego irá usted a Constantinopla, a fin de informar acerca de las disensiones que existen entre el Jedive y el sultán. Pasando por Crimea, visite los campos de batalla y diríjase enseguida hacia el Cáucaso y hasta el mar Caspio. Aseguran que se proyecta allí una expedición rusa para dirigirse a Kilwa. Marche después a la India, cruzando por Persia. Desde Persépolis puede mandarnos alguna crónica interesante. Bagdad queda de camino. Envíe alguna nota por vía férrea del valle del Éufrates. Y cuando esté usted en la India embárguese desde allí hacia África, en busca de Livingstone. Páselo bien, y que Dios le acompañe”

Aunque como hemos visto, Javier Reverte recupera las palabras exactas que Bennett le dijo a Stanley cuando le encomendó que encontrara a David Livingstone, Reverte no tiene en este primer capítulo la intención de abordar la figura de Stanley, ni tampoco la de Livingstone. Su intención es explicarnos en un primer momento las motivaciones. Este capítulo podría llamarse simplemente motivaciones, pues por un lado nos explica las razones que le impulsaron a emprender su primer viaje africano, y por el otro las que llevaban a los colonizadores occidentales a internarse en tierras africanas.

Respecto a las primeras, Javier Reverte tiene claro que no hace falta una propuesta como la de Gordon Bennett para realizar un viaje intercontinental, si se desea fervientemente la realización de ese periplo. Por eso, Javier Reverte nos viene a decir que:

“No hace falta una propuesta semejante (no sólo debía ir a África, también debía viajar a otros lugares como Persia, Crimea, La India y Constantinopla, antes de intentar encontrar al explorador escocés), para emprender un viaje.”

Dice Javier Reverte al respecto que:

“No obstante, viajar puede ser una necesidad esencial, y hay que cumplirla aunque no existan directores como Gordon Bennett, y a uno no le quede más remedio que echar mano de los pocos dineros que pueda rescatar de su frágil economía”.

Pero estas motivaciones revertianas no sólo tienen que ver con el propio anhelo de realizar un sueño. También están relacionadas con la existencia vital. Como sabemos la vida pasa de forma inevitable, por lo que es conveniente realizar los sueños que uno tiene antes de que sea demasiado tarde. Reverte ya no es aquel joven que escuchaba entusiasmado los relatos sobre el continente oscuro que le narraba su madre, y cree que ha llegado el momento idóneo para emprender el viaje que tanto ha anhelado. Por eso añade lo siguiente:

“Cuando el veneno de viajar entra en tu sangre, no es preciso ir en busca de nada, y hay que emprender el camino antes de que las piernas empiecen a sostenerte peor, antes de que comiences a percibir que la marcha atrás de tu vida, se ha iniciado de forma irreversible”.

Javier Reverte, desde su más tierna infancia había tenido en mente viajar al continente africano, y cuando ya había entrado en los cincuenta, creía necesario viajar allí. A continuación, como nota final añade:

“Creo que la única obligación que tiene el hombre en esta tierra es realizar sus sueños. Y el mío en esos momentos, estaba en el corazón de África.”

Seguidamente nos expone su plan de viaje. Javier Reverte pretendía realizar un viaje de varios meses, (tres o cuatro meses a lo sumo). Su primer destino sería Uganda. Luego se desplazaría a las tierras altas de Kenia y Tanzania, para trasladarse posteriormente a las costas del litoral del Índico y Zancíbar. Mediante el viaje, Reverte pretende recorrer esos lugares que tanto le han fascinado durante su juventud, emulando a los exploradores que le precedieron varios siglos atrás. Pretendía revivir lo imaginado en sus lecturas infantiles, y descubrir la razón de que quienes viajan a África por primera vez, queden prendados irremisiblemente del continente, queriendo volver una y otra vez. Es lo que Reverte llama “*El mal de África*”, y que sin duda, como es fácil adivinar, él también ha experimentado. Esas fueron las motivaciones que impulsaron al escritor madrileño a embarcarse en esta aventura, y las que le llevaron a volar a comienzos de mil novecientos noventa y dos, desde Bruselas a Kampala.

Por el otro lado, como hemos apuntado, están las motivaciones de los exploradores que se aventuraron en el continente africano cuando este todavía era prácticamente virgen. Pero antes de mencionar estas motivaciones parece conveniente esbozar lo que representaba el continente africano para los habitantes de las naciones occidentales.

Para los hombres de aquellas épocas, que contaban con mapas inexactos e incompletos, África era una desconocida. La visión que se tenía de África no era real, o al menos no lo era por completo. Donde no llegaba la geografía, lo hacía la imaginación. Así el continente negro era pintado con las palabras más terribles. Se lo consideraba como un territorio rodeado por un profundo halo de misterio. África era representada para el imaginario colectivo como un territorio en el que todo era negativo. Se trataba para el común de los mortales, de un lugar en el que abundaban las selvas, los ríos y los lagos repletos de fieras terribles y tribus hostiles con los visitantes. África representaba la barbarie y la muerte. Nada bueno podía ocurrir a quien se aventurara a visitar el continente.

Los primeros que se aventuraron a establecerse en el continente fueron los árabes en el siglo XI. Los árabes crearon varios núcleos poblacionales en el litoral de África oriental, que se extendían desde la costa de Mogadiscio, la actual capital de Somalia, hasta el norte de Mozambique. Pero los árabes fueron una excepción, y el continente

continuó cerrado sobre sí mismo durante varias centurias, siendo inaccesible para las naciones europeas y para el resto de rincones de Occidente. Se seguía creyendo que África estaba habitada por las peores criaturas, y que visitar cualquiera de los lugares que la conformaban, sólo avocaría a quien lo hiciera a la muerte. Esta se produciría más tarde o más temprano, como consecuencia de los caníbales, las fieras, las altas temperaturas de los desiertos, o las enfermedades de todo tipo que poblaban el continente.

Hubo que esperar al siglo XIX para que el misterio comenzara a desentrañarse. Los primeros occidentales que lo intentaron en esta centuria perecieron, lo que propició que la mala fama del continente aumentara.

Pero Europa estaba en plena expansión colonial. África era el último reducto virgen en la tierra, y las potencias europeas no estaban dispuestas a prolongar esa situación por más tiempo.

A continuación, Javier Reverte expone las motivaciones que tenían las naciones occidentales, para conquistar los territorios africanos. Unas motivaciones y unas naciones que estaban claramente lideradas por los británicos.

Dice Javier Reverte que Inglaterra era la nación en la que *“la avidez colonial se manifestaba con mayor vigor que en ningún otro país del viejo continente”*.

Esta avidez colonial, la necesidad de vivir nuevas emociones, el afán de realizar nuevos descubrimientos, algunas novelas que tenían como marco las selvas y las llanuras del interior africano, y la *Royal Geographical Society*, *“conformaban las condiciones necesarias para intentar la aventura”*. A ello había que sumar el deseo de una fama eterna, la pretensión de evangelizar a las poblaciones locales y la expansión comercial.

Es comprensible que Reverte nos exponga las motivaciones que impulsan a estos conquistadores a emprender su expansión por África, ya que algunos de los principales exploradores que forjaron la colonización del continente, son los protagonistas de su primer libro africano. No en vano, su primera obra de viajes sobre el continente africano, lleva por subtítulo *“En busca de los mitos blancos del continente Negro”*

La historia de los lugares que recorre es el componente principal de su relato. A ello añadirá muestras de la civilización de estos rincones, y las peripecias que le van sucediendo a medida que se interna en el continente africano, sin descuidar la descripción de los paisajes que va encontrando a su paso mientras viaja.

Su primera parada es Kampala. De camino a la capital ugandesa, estará acompañado por James, el chófer ugandés del vehículo en el que viaja, y por una cooperante canadiense. Será allí, en plena capital ugandesa, donde Reverte nos ofrezca una primera pincelada sobre la realidad del continente. Se trata de una de las muestras más notables de la civilización de aquel país. Es el matatu, un elemento muy popular en la región de los "Grandes lagos", y con el que el escritor madrileño se topará frecuentemente durante su viaje por Uganda, Kenia y Tanzania. El matatu es un vehículo colectivo. Por lo general suelen ser furgonetas viejas que en las horas de mayor tráfico pueden llegar a transportar una veintena de pasajeros. Estos vehículos tienen la peculiaridad de que no tienen paradas fijas, adaptándose a las necesidades de los viajeros. Podemos decir que se trata de una especie de taxi colectivo.

Uno de los componentes principales de la trilogía africana de Javier Reverte es la historia. Podríamos afirmar sin temor a equivocarnos, que se trata del componente principal de la misma, el elemento que más espacio alberga en su obra. Por ello, no es de extrañar que la historia también esté presente durante su viaje a Uganda. Normalmente, Javier Reverte nos presenta la historia de los lugares que visita aproximándose a los personajes históricos que han forjado o han contribuido a forjar, los lugares por los que viaja.

Comenzará a desgranar la historia de esos lugares en el capítulo dos de *El sueño de África*, que lleva por título "Reyes mártires y leopardos". En el capítulo mencionado Reverte nos explica cómo Inglaterra se anexionó el protectorado de Uganda, al tiempo que nos da cuenta de cómo era la sociedad ugandesa de aquella época.

Parece del todo punto lógico comenzar por una pequeña descripción de las sociedades que integraban aquellos parajes, para posteriormente abordar la conquista del territorio por parte del Imperio Británico.

Estas regiones que hoy forman la actual Uganda, eran una serie de reinos que casi siempre se encontraban en una constante confrontación bélica. De todos ellos el principal era el reino de Buganda. Javier Reverte pone sus ojos fundamentalmente en la sociedad en la que se desenvolvían los reyes de Buganda, y en la organización política de la misma.

Hasta que Uganda se convirtió en protectorado británico, el reino de Buganda contaba con una extensa cronología de reyes, incluyendo al tiránico Mwanga II. Más de una treintena de soberanos habían ocupado el trono hasta la llegada del militar británico. Treinta y seis para ser exactos, lo que da idea de la longevidad de la dinastía. Por lo que respecta a la organización política del país, se trataba de un estado centralizado con poderes ejecutivo, legislativo y judicial, a cuyo frente estaba el rey. Este recibía el nombre de Kabaka. Su puesto no era hereditario, como ocurre en las monarquías europeas. A la muerte del Kabaka, un consejo llamado Lukiko, elegía entre todos los hijos del monarca, a aquel que consideraran más idóneo para desempeñar la labor del soberano. El lukiko era una especie de parlamento con poderes de cierta enjundia. Los jefes que lo integraban también podían ostentar el cargo de gobernador en algunas provincias bugandesas. El lukiko estaba presidido por el Kakeriko, una especie de primer ministro que era designado por el Kabaka. El resto de miembros del consejo, parlamentarios y ministros al mismo tiempo, ostentaban cargos en la corte del monarca, como el de panadero y mayordomo real. Aunque los poderes del rey eran muy grandes, el lukiko podía deponerlo. Reverte no aclara en qué circunstancias podía producirse esa situación. También existían títulos nobiliarios. Por lo que respecta a la sociedad esta se dividía en castas. La religión era politeísta, y existía un rudimentario ejército compuesto por dos cuerpos, uno de infantería y otro de marina.

Estas regiones ya habían sido visitadas por los europeos, en su afán de evangelización. Este afán dio sus frutos, sobre todo en Buganda. Allí, las conversiones al catolicismo aumentaron tanto que se crearon dos facciones rivales. Por un lado se encontraban los

fransa, católicos que habían sido evangelizados por los padres franceses. Por el otro estaban los anglesa, que se convirtieron al protestantismo gracias a los padres anglicanos británicos de la [Church Mission Society](#). El antagonismo llevaba casi hasta la guerra civil. También existía un importante núcleo de población musulmana, que dependía casi exclusivamente de los traficantes esclavistas árabes que actuaban desde Zanzíbar. Antes de la llegada de los británicos a aquellos territorios, reinaba en Buganda, un monarca cruel y tiránico, llamado Mwanga II, que profesaba el animismo. Esa era a grandes rasgos, la sociedad ugandesa en su conjunto.

El encargado de anexionar Uganda al Imperio Británico fue el militar británico Frederick Lugard. Lugard será el primero de los personajes históricos que desfilen por las páginas de *El sueño de África*. El motivo es doble. Por un lado, consiguió la anexión de Uganda al Imperio Británico, y por el otro fundó Kampala, la actual capital de la nación africana.

El procedimiento usado por Reverte se repetirá durante su obra. Consiste en contarnos la vida del personaje retratado, para acercarse de esa forma a la historia del lugar visitado.

Frederick John Dealtry Lugard fue un militar nacido en mil ochocientos cincuenta y ocho. Tras estudiar la carrera militar, fue destinado a La India y Afganistán donde alcanzó cierta notoriedad. Tras obtener cierta fama desempeñando su labor en el ejército, regresó a Londres, buscando una vida tranquila. Pero las cosas no le fueron bien del todo, muy a su pesar. Tras una frustrada relación sentimental, Lugard intentó el suicidio en varias ocasiones. Finalmente desistió buscando quizá un nuevo campo de batalla en que por así decirlo pudiera volver a empezar. La oportunidad que tanto ansiaba le llegó en mil ochocientos ochenta y ocho, cuando volvía a flirtear con el suicidio. La compañía británica de África oriental, necesitaba a alguien con experiencia para lograr su objetivo. Este no era otro que hacerse con los recursos existentes en las tierras situadas al norte del lago Victoria, necesitando alguien de prestigio para llevar a cabo esta misión. De modo que Lugard, no se lo pensó dos veces, y se puso manos a la obra. De esta forma, lograría acrecentar su fama, y evitar una nueva tentativa de suicidio, que tal vez pudiera ser la definitiva.

Lugard partió en mil ochocientos noventa, y a finales de ese mismo año, entraba en Kampala. Tras su entrada triunfal en la capital ugandesa, persuadió a Mwangi II para que aceptase sus condiciones. Estas consistían en poner bajo protección británica el reino que administraba, abolir la esclavitud y establecer un acuerdo que garantizase el libre comercio en la zona. Mwangi II se lamentaba en estos términos por el tratado al que el militar británico le había forzado con la inestimable ayuda de las armas.

“Los ingleses me han hecho firmar un tratado por el que se comen mi país, sin que yo reciba nada a cambio”. Pero Lugard apenas contaba con una exigua cantidad de soldados mal armados y equipados. Sabía que necesitaba refuerzos, y los buscó con éxito. Al norte del lago Alberto, en la antigua provincia egipcia de Ecuatoria, se encontraba una guarnición compuesta por ochocientos sudaneses, que habían estado bajo el mando de Emin Pasha. Este recibió el encargo del gobernador de Egipto de administrar la provincia de Ecuatoria. Pero cuando los fundamentalistas islámicos cercaron Sudán, Pasha y los suyos quedaron aislados. El ya mencionado Stanley acudió para rescatar a Pasha, pero los sudaneses quedaron abandonados a su suerte, hasta la llegada de Lugard. Este partió en su búsqueda en abril de mil ochocientos noventa y uno, y tras pacificar y conquistar los reinos que encontraba a su paso, en septiembre de ese mismo año, daba con la guarnición. Tras escasas negociaciones que tuvieron un resultado positivo, emprendió el regreso.

En mil ochocientos noventa y tres entraba en Kampala. En esos momentos, se estaba produciendo una guerra civil entre los fransa, que eran aliados de Mwangi II, y los ingleses. Lugard tomó partido por los segundos, y el tiránico monarca hubo de exiliarse momentáneamente, tras la derrota. Pero Lugard deseaba que las aguas volvieran a su cauce, algo que consiguió poco después. Logró que el monarca fuera restituido en su trono, y pacificó la nación, logrando un entendimiento entre todas las facciones existentes, al tiempo que lograba la práctica unificación del país tal y como se conoce hoy.

Pero Londres no se mostraba proclive a la anexión de Uganda. Para poner remedio a esa situación, el militar británico, inició una campaña diplomática, cuyo apoyo fundamental

fue la publicación de un libro en el que defendía ese propósito. Intentó con éxito que la periodista Flora Shaw escribiera una crítica favorable al texto que acababa de redactar, y los resultados no se hicieron esperar.

El libro comenzó a tener una gran aceptación, y los regidores políticos decidieron estudiar su propuesta. Finalmente se decidió que se redactaría un informe, que daría luz verde o no a su pretensión.

Dicho informe fue proclive a la misma, y Uganda se convirtió en protectorado británico. Lugard, no regresaría al país que le dio la fama eterna. Tras su excepcional labor diplomática, fue nombrado gobernador de Nigeria. Su última contribución al imperialismo británico fue la construcción del tren lunático, a la que contribuyó de forma indirecta, siendo el primer ideólogo de la misma. Este se extendería desde la costa del Índico hasta el lago Victoria.

Lugard murió en mil ochocientos cuarenta y cinco aclamado por todos sus conciudadanos. El historiador Chals Miller expresa bien a las claras el carácter y la personalidad de Frederick Lugard en estas palabras de su libro *The Lunatic Express*. Unas palabras que recoge Javier Reverte:

“El deber, el honor, el juego limpio y entender como justicia casi divina la misión de la civilización inglesa. esos valores fueron sus reflejos condicionados”.

En lo concerniente a la realeza ugandesa, su suerte cambió tras la independencia del país, perdiendo todo el poder que ostentaron antaño. Tras la dictadura y la guerra civil que sufrió el país, los monarcas ugandeses gozan de un poder simbólico. Siguen conservando el título real, pero han perdido todas las prerrogativas que tuvieron para estar ahora supeditados por completo al poder civil.

Normalmente, cuando Javier Reverte se refiere a la historia de un lugar o personaje, utilizará un pretexto para ello. En esta ocasión, el motivo utilizado es su primera excursión, que le llevará a visitar [las tumbas de Kasubi](#), situadas en la capital ugandesa,

que albergan las tumbas de los últimos monarcas ugandeses. A continuación me referiré a este complejo.

El complejo de las tumbas de Kasubi es una ancha explanada a cuyo alrededor se sitúan unas cabañas cercadas por un alto vallado. Las cabañas de los extremos están destinadas al personal que se ocupa del mantenimiento del lugar, y a las viudas. Estas viudas son cinco mujeres que representan a las concubinas de los kabakas. Ocupan su puesto durante un mes y luego son reemplazadas por otras cinco. Se trata de un puesto muy codiciado, gracias a los generosos donativos que reciben de los turistas que visitan el lugar. La choza principal trata de emular la morada del soberano Mutesa I, el predecesor de Mwanga II. En ella hay una parte abierta al público que alberga varios de los objetos reales. La parte trasera, contiene los sepulcros reales y el público tiene prohibida la entrada allí.

El mausoleo sufrió el dieciséis de marzo de 2010 un incendio que lo dañó de forma considerable, por lo que no se encuentra tal y como Javier Reverte lo contempló en su momento. A consecuencia de este incendio, el veintiocho de julio de ese mismo año, la UNESCO que en 2001 había declarado el lugar como patrimonio de La Humanidad, lo incorporó al listado de lugares patrimonio de la humanidad en peligro. Con motivo de la excursión al mítico monumento, Reverte se verá acompañado por Abu, un funcionario del Ministerio de Cultura ugandés, quien no le abandonará hasta que finalice su periplo por la nación africana.

Completan este segundo capítulo unas reflexiones de Javier Reverte que nos muestran su visión de Kampala, y unas nociones sobre la legislación de los antiguos reinos ugandeses. Estas nociones no son otra cosa, que un compendio de las conductas castigadas por la realeza, y las sanciones que se aplicaban a los condenados. Más interesante parece la visión de Reverte sobre la capital ugandesa, porque puede darnos una idea sobre el África que le atrae. En efecto, parece que Reverte admira la ciudad.

Al respecto afirma lo siguiente:

“Desde luego, Kampala no crea un amor a primera vista, pero su humanidad acaba por enamorarte. Nunca viviría una larga temporada en Viena, y sí en Kampala”.

A continuación añade:

“Te atrae por supuesto a su pesar. Te atrae pese al abandono y el destrozo causado por 20 años de guerra civil. Más todavía. Pese a la tarea de modernización urbana, que han emprendido las autoridades del país, una política, que tantas veces se ha puesto en marcha en África, y que tanto vodrio ha parido en África”

Parece gustarle la arquitectura colonial, y quiere que todo quede como está, en previsión de que los cambios serán para empeorar la ciudad. Por eso afirma lo siguiente más adelante:

“Allí, si te olvidas de los agujeros del asfalto, de las huellas de las balas en las fachadas, el barro rojo, en los días de lluvia, la escasez de pintura en los edificios, el óxido de los tejados de chapa, el descuido de los jardines y el desorden del tráfico, descubrirás que Kampala todavía puede salvarse y convertirse en una de las ciudades más armónicas de África”.

Parece decantarse por dejar las cosas como están cuando comenta que:

“Pero la suerte de Kampala puede ser adversa en los próximos años, si en lugar de restaurar su primitiva belleza, se opta por modernizarla.”

Finalmente concluye con esta afirmación:

“Dejaremos de amarla, como a esas mujeres sensuales que los talentos de la moda y la cosmética, convierten en muñecas tontas”.

No será esta la última mención de la historia ugandesa que haga el escritor madrileño. Samuel Baker también será mencionado por Reverte. Pero junto al explorador británico, también aparece el que quizás pueda ser considerado como el personaje más popular de la nación africana. Me refiero a Idi Amín Dada, que es también por añadidura, el gobernante más importante de Uganda, y uno de los más afamados del continente. De esta forma, Reverte concluirá su propósito, que no es otro que llevarnos desde un momento determinado de la historia del país, hasta el presente, entendiendo por tal, el momento en que se redactó el libro.

Idi Amín nació en Kampala en mil novecientos veinticinco. Su destino parecía estar ligado a la más estricta supervivencia desde su nacimiento. Tuvo que emigrar a Jinja, la segunda ciudad del país en su más tierna infancia, para ser criado allí por su madre. Pero sus perspectivas de futuro no mejoraron con el cambio de hábitat. Seguía malviviendo como desgraciadamente lo hacen millones de africanos en la actualidad, sin poder pensar en otra cosa que en alimentarse. Vivía pues “*Sin hacer nada, esperando a Dios sabe qué y viviendo de no se sabe qué*” (Kapusinski, *Ébano* p61). Por si esto no fuera aclaratorio de la miserable existencia de Amín, Kapuscinski añade poco más adelante lo siguiente:

“Se vive de alguna manera, se duerme de alguna manera, a veces hasta se come de alguna manera”

Pero cuando apenas había cumplido veinte años, Amín tomó la determinación de alistarse en el ejército colonial británico, cuyo cuartel general se encontraba precisamente en Jinja. Esta decisión cambió su suerte para siempre.

Durante la última etapa del dominio británico del país, Amín fue ascendiendo progresivamente en el escalafón militar. Tras la independencia de Uganda en mil novecientos sesenta y dos, Amín continuó progresando en el ejército ugandés. Tanto es así, que su predecesor, Milton Obote, le nombró jefe del ejército de la nación. Esta decisión representó la perdición del dignatario que permanecería ocho años en el poder. Aprovechando un viaje del presidente a Singapur, Amín dio un golpe de Estado en mil novecientos setenta y uno y se hizo con las riendas de la nación, antes de que el gobierno pudiera reaccionar.

A partir de ese momento, Amín implantó un régimen de terror cuyo objeto principal era acabar con toda la oposición que pudiera tener la naciente dictadura. El nepotismo, la limpieza étnica, el autoritarismo y la persecución de todo lo relacionado con el anterior equipo de gobierno, se convirtieron en la principal prioridad del nuevo gabinete, o mejor dicho de Amín, que lo controlaba todo. Kapuscinski deja bien claro este último aspecto.

“Todo estaba enfocado hacia la figura del mariscal. Al trasladarse, en cierto sentido Amín también trasladaba el Estado; aparte de él, no sucedía, no existía nada. No existía ningún parlamento, no había partidos políticos, sindicatos ni otras organizaciones”.

Y todo ello, pese a que en un primer momento, Amín fue bien visto por las naciones africanas, ya que se mostró proclive a la descolonización, denunciando los abusos del hombre blanco hacia la mayoría negra del continente. Naciones extranjeras como Israel, Inglaterra y la extinta Unión Soviética, le apoyaron en un principio, pero pronto le dieron la espalda.

Por desgracia para el pueblo ugandés, aquí no terminaron los desmanes cometidos por el tirano. Este no se contentó con acabar con todos los enemigos políticos reales e imaginarios que encontró. También, asesorado por Gadafi, expulsó a la comunidad india y paquistaní que vivía en el país, y que constituían la base de la economía nacional.

Pero todo lo que empieza tiene un final, y el reinado de terror implantado por Amín no suponía una excepción. Amín deseaba convertir al pequeño país que gobernaba en la principal potencia militar de Los Grandes Lagos. Con esa premisa, invadió Tanzania en mil novecientos setenta y ocho, para anexionarse la provincia de Kagera. Amín fracasó. Las tropas tanzanas repelieron el ataque, Milton Obote, que se había refugiado en Tanzania regresó al poder, y Amín se vio obligado a exiliarse. El lugar elegido para ello fue Arabia Saudí, probablemente porque se había convertido a Islam, y por su relación con el terrorismo libio. Allí permanecería hasta su fallecimiento, que se produciría en agosto de 2003 a causa de una insuficiencia renal.

Pero la vuelta de Obote no hizo mejorar la situación. La represión, las ejecuciones extrajudiciales y toda la barbarie que pueda imaginarse, continuaron siendo la moneda de curso legal en el territorio ugandés.

La situación permaneció igual hasta que en mil novecientos ochenta y cinco, Obote fue derrotado militarmente por los guerrilleros de [Yoweri Museveni](#), quien ostenta la presidencia desde entonces.

Con la mención del tirano ugandés concluye la historia política del país que nos narra Reverte. El escritor madrileño también intentará sondear la opinión de sus acompañantes y de las personas que encuentra en su viaje. De esta forma intenta saber la opinión de Abu sobre Amín. De las palabras del funcionario se deduce que el ex gobernante ha perdido todo el prestigio que algún día pudo llegar a tener. Esta idea queda expuesta de manera diáfana cuando afirma lo siguiente:

“Ahora somos muchos los ugandeses que creemos que por encima del color de la piel, están la justicia y la libertad. ¿Qué importa el orgullo negro, si quien lo defiende con las palabras tiraniza y asesina a su propio pueblo?”. Por si quedaba alguna duda, esta queda resuelta cuando Reverte le pregunta si el autócrata aún tiene partidarios. *“Sólo entre los sectores más ignorantes”*

Junto a la historia política de Uganda, Reverte también tendrá tiempo para ocuparse de algunos paisajes naturales de la nación africana. No en vano, este libro será el que mayores referencias a la naturaleza y a la cultura del continente contenga.

Los rincones de los que se ocupará en Uganda, serán cuatro. El Nilo, la cordillera del “Ruwenzori”, el bosque impenetrable de Buindi, y el “Queen Elizabeth Park”, una de las principales reservas naturales ugandesas.

Sin embargo, al ocuparse de la naturaleza de Uganda, no dejará de lado la historia. En efecto, al hablarnos del Nilo aprovechará su visita a las fuentes del legendario río, para describirnos con todo lujo de detalles cómo se gestó el descubrimiento del lugar donde nace el mítico río, que no es otro que el lago Victoria. Un descubrimiento que llevó a cabo John Hanning Speke en mil ochocientos sesenta y dos, tras múltiples expediciones fallidas acaecidas en los siglos anteriores.

Reverte se hace eco de las palabras del explorador británico al encontrar el nacimiento del río:

“Al fin me encontraba en los bordes del Nilo. Nada había más bello que el espectáculo que se ofrecía a mis ojos. Veía reunidos por la naturaleza todos los efectos de perspectiva que ambiciona el propietario del jardín mejor cuidado. Una magnífica corriente de 600 o 700 metros de longitud, esmaltada aquí y allá por arrecifes e islas, ocupadas estas por las chozas de pescadores, y aquellos por las golondrinas de mar. Algunos cocodrilos se calentaban al sol, mientras otros corrían en los altos ribazos cubiertos de una espesa grava. Detrás, entre los numerosos árboles, podíamos ver trotar numerosos grupos de antílopes, en tanto que los hipopótamos chapoteaban en el agua, y ante nuestros pies, a cada momento, salían y echaban a volar codornices y pintadas”.

Como hemos visto cuando se refería a Kampala, también nos ofrece la visión que tiene sobre África. Para hacerlo, utiliza dos procedimientos. Ofrecernos su punto de vista personal, o dejar que hablen sus compañeros de viaje, independientemente de si son fijos u ocasionales. Coincidiendo con su excursión a las fuentes del Nilo, nos ofrecerá la visión que del continente tiene uno de los viajeros con los que se encuentra.

Antes de contemplar las fuentes del Nilo, se dirigieron al hotel para almorzar, ya que así lo había pedido Abu. Allí Reverte se encontró con un barcelonés con el que entabló conversación. Parece que este no esperaba encontrar nada que pudiera recordarle a Occidente en África. Cuando regresó al coche, Reverte le comentó lo que había ocurrido al funcionario ugandés. Su respuesta deja ver bien a las claras lo que pensaba. *“y si África no cambiara, ¿De qué íbamos a vivir los africanos?”*

Cuando hubo concluido la excursión a las Fuentes del Nilo, ya de vuelta en el hotel, volvieron a toparse con el barcelonés. Este empleado de banca, que se encontraba de vacaciones, y que realizaba su primer viaje a África, volvió a manifestar su desencanto.

“Yo creí que iba a encontrar en África algo diferente. Y ya ves. Una presa hidroeléctrica y buganvillas en la fuente del Nilo. ¿Esto era todo?. África ha muerto para la aventura, te lo digo yo. La única aventura en África es que nada funciona, y tienes siempre encima el riesgo de la malaria y del sida. Ni siquiera funciona el Nilo.”

Aunque Reverte no expresa su opinión de forma directa, se intuye que cuando afirma que “*Al fin pude escapar una hora más tarde camino de mi habitación*”, desaprueba la opinión de su compatriota, y comparte la de Abu, algo que por otra parte es normal. Resulta lógico si se desea que todas las sociedades vivan con dignidad.

Al referirse a la cordillera del “Ruwendori”, volverá a utilizar el mismo procedimiento. Es decir, se ocupará detalladamente de la historia de la cordillera, desde su descubrimiento por parte de [Ptolomeo](#), hasta su conversión en el pasado siglo en un referente del turismo ugandés. Todo ello sin olvidarse de la geografía de la cadena montañosa. Además, aprovechará para hacer una semblanza de Henry Morton Stanley, que nominó algunas de las cimas de la cordillera a finales del siglo XIX.

Menor importancia tendrán en su relato el “Bosque impenetrable de Buindi”, y el “Queen Elizabeth Park”. Sin embargo, sí merece ser reseñada esta reflexión del escritor durante su estancia en la segunda de las reservas mencionadas.

“África volvió a exhibir la belleza majestuosa y triste de sus atardeceres. Tal vez la tristeza que nos producen, se debe a que sabemos que presenciamos los últimos días de un mundo libre y salvaje, a punto de ser domeñado por el hombre”. Los asentamientos de pescadores que proliferan en el parque, le sirven al escritor madrileño para comentarnos la disyuntiva a la que se enfrentan muchos de los países del tercer Mundo, entre ellos también los africanos. Escoger entre la conservación de una naturaleza única que merece ser protegida, o asegurar unas condiciones de vida digna a los miserables habitantes de las zonas en que dicha naturaleza se encuentra.

Aunque el autor madrileño reconoce la necesidad de aunar esfuerzos en ambas direcciones, no tiene la solución al problema. Un problema que por otra parte, parece tener una solución harto complicada.

Javier Reverte no volverá a ocuparse de los rincones naturales hasta el final de la obra. También tendrá tiempo el periodista madrileño para adentrarse en algunas de las muestras culturales africanas. Su visita a un poblado pigmeo es un ejemplo de ello, y es quizás la muestra más representativa de ello en Uganda.

Esta aldea le causará una impresión deplorable, por lo que no será nada agradable para él la visita. La aldea se encontraba en la Selva de Ituri, que se extiende entre Uganda y el antiguo Zaire. Javier Reverte, que esperaba encontrar algo similar a los pigmeos que había visto en los documentales que se proyectan en televisión, encontró una legión de individuos miserables. Durante la visita, se percataron de la presencia de unos europeos, y se unieron a ellos. La excursión finalizaría con una danza ritual, con la que los pigmeos obsequiarían a los turistas. El diálogo que se produjo a continuación, muestra con claridad el descontento de Javier Reverte con la visita.

Abu le dijo a Reverte:

- “No le veo utilizar su cámara.
- Me quedé sin carrete.
- Puede pedir uno a cualquiera de estos hombres blancos.
- Los hombres blancos nunca regalan nada, Abu. Y menos a desconocidos.
- Cómpreles un carrete.
- No tengo ganas de hacer fotos. Por cierto, Abu. En algún sitio he leído que los pigmeos no usan tambores en sus ceremonias, que el tam tam no forma parte de su cultura.
- ¿Lo dice en serio?
- En serio.
- Tal vez no lo usen los pigmeos del Zaire, y sí los de Uganda.
- Tal vez”

Tras realizar las últimas excursiones, Reverte regresará a Kampala, para hacer las maletas y dirigirse sin dilación a su próximo destino.

Este no es otro que Tanzania. Su viaje al país africano significará la finalización de la primera parte de la obra, y el comienzo de la segunda que lleva por título “*La Costa de los Swahilis*”

A Tanzania dedicará cinco de los siete capítulos que integran la segunda parte de la obra. Como en el caso ugandés, también se ocupará de la historia y de la cultura del país africano.

Su aventura tanzana comienza con un contratiempo, pues en lugar de volar a Arusha como tenía previsto, ha de hacerlo a Dar es-Salam, la capital tanzana. Este súbito cambio de planes le da pie al escritor madrileño para ofrecernos su visión de Tanzania, que considera su país preferido del continente negro.

Reverte afirma que:

“Tanzania es el país menos recomendable para un turista convencional, lo cual lo convierte en un país aún más apetecible. En Tanzania, no sólo se cumplen en muy contadas ocasiones los programas que organizan las agencias de viaje, sino que suelen salir completamente al revés. Eso no quiere decir que el resultado sea peor de lo planeado, tan sólo es diferente a cómo se esperaba”.

Más adelante añade lo siguiente:

“Si uno es ordenado y exigente, el resultado de una breve estancia en Tanzania no puede ser otro que la desesperación. Si por el contrario, uno sabe disfrutar del lado amable del desorden y no es demasiado exigente con los otros, un viaje a Tanzania, puede resultar encantador”

Queda claro pues, que Javier Reverte no es un viajero convencional, y que de alguna manera busca la sorpresa, aunque eso le haga cambiar ligeramente sus planes.

Tras relatarnos el contratiempo, Javier Reverte comienza a desgranar la historia y la cultura tanzana.

Tanzania está integrada por dos territorios. Tanganica y Zanzíbar.

Javier Reverte comenzará por explicarnos sobre qué bases se cimenta la cultura Swahili, y quiénes son los habitantes del país, para luego ocuparse de la historia de la nación africana.

La cultura swahili es una cultura milenaria que se extiende en la costa del Índico desde Mogadiscio hasta el litoral mozambiqueño. Las primeras referencias que se tienen de su existencia se encuentran en *El Periplo de Hannón*, libro anónimo escrito hacia el año 40 D.C.

A partir de la obra citada, las referencias van aumentando constantemente, pasando por Ptolomeo hasta llegar a Marco Polo. A partir de este último y de los navegantes portugueses, comienza a tenerse una información fidedigna sobre la geografía y las costumbres de aquellas regiones costeras del este africano.

La costa fue conocida primero como Azania y más tarde como Senj. Sus primeros habitantes fueron bantúes, aunque muy pronto comenzaron a llegar mercaderes árabes que huían de las matanzas perpetradas en sus naciones tras la muerte de Mahoma en el año 632.

Fruto de la influencia musulmana es la adopción del Islam como la religión predominante en la zona. La lengua es el Swahili. Aunque está integrada mayoritariamente por vocablos de origen bantú, con el paso del tiempo ha ido integrando préstamos procedentes del inglés y el portugués.

El motor económico de estas comunidades era el comercio, que vivió una gran expansión tras la llegada de los árabes. Desde Senj se exportaban mujeres para los harenes de La India, esclavos que servían a los nobles árabes y persas, y amplios cargamentos de oro, ámbar y marfil destinados a satisfacer las demandas de los palacios indios. Las perlas y los cuernos de rinoceronte, muy estimados por la creencia de que son un poderoso afrodisíaco, también eran muy demandados. Por lo que respecta al ámbito político, se trataba de ciudades Estado que coexistían de manera independiente.

El retrato de la cultura swahili no estaría completo sin mencionar el falucho, que para el autor madrileño es el emblema swahili. Es la embarcación típica de los swahilis.



Falucho

Lo hace tras aceptar una recomendación de un viajero que encuentra en la capital tanzana. Se trata de Abdulá, un profesor que le recomienda visitar el puerto pesquero. A continuación pasaré a referirme al falucho.

No está clara la edad de estos barcos de vela, que en los últimos tiempos se han motorizado. Su diseño puede tener más de dos mil años. Lo que sí parece determinado es su origen, siendo inventado por los egipcios. El falucho es una embarcación de casco largo, que generalmente no tiene demasiada envergadura. Tiene una sola vela latina que va atada en lazo o doblada sobre una pesada verga, compuesta normalmente por tres perchas. Los faluchos, llamados en lengua local Jaazi, se fabrican también en otros lugares del Índico y el Mar Rojo. Los faluchos pueden dividirse en dos tipos principales. El más antiguo o tradicional, en el que proa y popa suelen tener las mismas medidas, y los más modernos, de influencia portuguesa, en los que la popa es achatada y cuadrada.

Los más grandes son utilizados para viajar a la Meca para transportar mercancías. El patrón de la embarcación recibe el nombre de Nakoda, y la tripulación no está integrada por más de tres hombres.

Los tripulantes suelen dormir en esteras sobre la cubierta, y cuando han llegado a su destino, suelen interpretar canciones y danzas. Las letras de las canciones se relacionan generalmente con la piratería y el contrabando.

En los siguientes capítulos, Javier Reverte abandonará la capital tanzana para dirigirse a otras regiones de Tanzania. A continuación me permitiré no seguir de manera lineal la narración del relato del autor, para abordar el otro fenómeno relacionado con la cultura local del que se ocupa el escritor madrileño. Me refiero al tráfico de esclavos. Al referirme a este fenómeno, mencionaré brevemente la historia de Zanzíbar, pues es necesario para contextualizar el fenómeno esclavista.

De él se ocupará en el último de los capítulos dedicados a Tanzania, “*Esclavos desdichados y princesas de leyenda*”. Tanzania está integrada por Tanganica y Zanzíbar. La isla de Zanzíbar fue el centro neurálgico de este siniestro tráfico humano. Reverte describe con todo lujo de detalles el negocio del esclavismo en la isla.

Zanzíbar tiene una superficie de mil kilómetros cuadrados. Sus primeros visitantes fueron los asirios. A ellos les siguieron griegos, sumerios, fenicios y egipcios. En mil quinientos cinco se establecieron allí los portugueses, que fueron expulsados por los omaníes en el siglo siguiente. Desde mil seiscientos noventa y ocho, comenzó a florecer bajo el dominio omaní el negocio de la esclavitud.

La llegada de los sultanes omaníes a Zanzíbar significó el despegue económico de la isla. Al ver las extraordinarias posibilidades económicas que ofrecía, muy pronto se establecieron familias omaníes y hombres de negocios indios. El crecimiento económico de la isla, hizo necesario reclutar una mayor mano de obra. Así comenzó a consolidarse el tráfico de esclavos en la zona.

El tráfico de esclavos organizado desde Zanzíbar tenía tres rutas principales. La del norte, que partía de las costas de Mombasa o Tanga, seguía hacia el Kilimanjaro, se desviaba hacia el norte para evitar a los masais, y alcanzaba los montes Kenia y Elgon.

La ruta tenía como último destino las orillas occidentales del lago Victoria. Una segunda ruta era conocida como la Ruta del centro. Era la más importante de todas. Partía desde Bagamoyo o Pangani, llegaba a Tabora, y una vez allí se dividía en tres rutas. Una se dirigía a la actual Uganda, en el noroeste, otra se dirigía a Ujiji en el norte del lago Tanganica, y la última llegaba al extremo oriental del mismo lago. La tercera ruta partía de Kilwa, y finalizaba en las orillas del lago Malawi.

Preparar el viaje en busca de los esclavos requería una gran inversión de dinero. Esta podía ser individual o colectiva, si existían numerosas personas interesadas en el negocio. A continuación se compraban los alimentos y gran parte del equipo a los hombres de negocios indios. Posteriormente se contrataba a los guías, y porteadores, que por lo general eran swahilis que vivían en Zanzíbar o en algún punto de la costa. Luego cuando todo estaba listo para la partida, se ultimaban todos los detalles en un punto determinado. Este variaba en función de la ruta. Si la ruta era la central, este sería Bagamoyo. Si la ruta escogida era la sur, se situaba en Kilwa. Si por el contrario era la ruta norte la elegida, Mombasa o Pangani serían los lugares escogidos. Junto a los mercaderes árabes integraban la expedición un ejército formado por mercenarios sudaneses y swahilis pertenecientes a los estratos más bajos de la sociedad zanzibari, cuya misión sería capturar a los esclavos.

Cuando se llegaba a un lugar en el que se creía que existía una gran cantidad de esclavos, se instalaba el campamento. Existían dos modos de obtener los esclavos. El primero era sobornar a los jefes locales con regalos a cambio de los esclavos de sus enemigos. La segunda forma de obtener esclavos era asaltar las aldeas. En este segundo caso, se buscaba la sorpresa, pues si se detectaba la presencia de los mercaderes árabes, los aldeanos podían huir durante días, meses o incluso semanas de sus viviendas.

Cuando se producía el ataque, los ancianos, los guerreros y los niños menores de cuatro años eran asesinados. Los infantes mayores de esa edad, las mujeres y los jóvenes eran capturados. Posteriormente se revisaba a los prisioneros. Todos aquellos que tuvieran problemas dentales o de visión, estuvieran heridos o padecieran alguna enfermedad, por leve que fuera, eran asesinados. Luego se incendiaba la aldea y se iniciaba la marcha.

Los hombres eran unidos en grupos de cinco o seis, mediante cadenas sujetas a las argollas de sus cuellos, a un gran tronco de árbol que cargaban en sus hombros. También portaban cuernos de rinoceronte o colmillos de marfil. Las mujeres también cargaban marfil, y aunque no tenían ataduras en sus brazos ni en sus cuellos, sí las tenían en sus pies. Si la mujer tenía un niño, este debía seguir su paso. Si la mujer se cansaba, podía cogerlo en brazos, siempre que no dejara la carga de marfil. Si el niño se cansaba, se le arrebatava. A continuación este era abandonado y devorado por las fieras. También podían ser degollados.

Por lo que respecta al menú, este era muy exiguo, consistiendo por lo general, en un cuenco de agua diario, y una escudilla de arroz hervido.

Una vez habían llegado a la costa, los esclavos eran conducidos respectivamente desde Bagamoyo, Kilwa Mombasa o Pangani, hacia Zanzíbar. Cuando llegaban a Zanzíbar los esclavos eran almacenados en las celdas de los mercaderes. Luego eran subastados en el mercado. Todas las tardes, a partir de las cuatro, se exponían grupos de esclavos. Los compradores observaban la mercancía, pujaban y se hacían con ella.

El periodista australiano Alan Moorhead, cuenta en su libro *El Nilo Blanco*, cómo se desarrollaba la compra de los esclavos.

“El espectáculo, comienza hacia las cuatro de la tarde. Los esclavos, ataviados con las mejores galas, la piel limpia y bruñida con aceite de coco, el rostro pintado con rayas rojas y blancas, que se consideran elegantes, y las manos, la nariz, las orejas y los pies, profusamente adornados con piedras preciosas, oro y plata, se alinean en una fila por orden de edad y estatura, comenzando por el más joven.

Abre la marcha compuesta por todos los sexos y edades, de 6 a 60 años, la persona propietaria, seguida y flanqueada por una guardia de dos o tres esclavos domésticos, armados de lanza y espada.

Así ordenados, comienza el desfile que recorre la plaza del mercado y las calles principales, con el propietario desgranando, en una especie de salmodia, las excelencias de sus esclavos y el alto precio que le han ofrecido por ellos.

Cuando un esclavo despierta el interés de algún transeúnte, la fila se detiene al punto, y comienza el proceso de inspección de la mercancía.

Después de estipular que no haya merma de facultades del habla, auditivas etc, que no se perciba enfermedad manifiesta, y que el esclavo no ronque cuando duerma, defecto que se considera grave, el presunto comprador procede al examen de la persona.

Primero pasa revista a la Boca y a la dentadura. Y después, a todas las partes del cuerpo sucesivamente, sin exceptuar siquiera los senos.

Después, el esclavo debe recorrer un trecho corto, corriendo o caminando, para demostrar que no tiene defectos en los pies.

Finalmente, si se llega a un acuerdo en el precio, se le despoja de sus adornos, y se le entrega a su futuro amo”

Luego los esclavos eran divididos. Normalmente las mujeres terminaban en los harenes. Los niños acababan ejerciendo de eunucos en los palacios, y los hombres trabajaban en las plantaciones de la costa, o en territorios lejanos de América.

El comercio de esclavos, comenzó a decaer en el siglo XIX. Inglaterra sería la primera potencia en optar por la abolición de la esclavitud al considerar ilegal el comercio de esclavos en todo el territorio británico. En mil ochocientos siete, se prohibió a los ciudadanos británicos comerciar con esclavos. Trece años más tarde, fruto de la presión diplomática, otras cancillerías como Francia, Dinamarca y Portugal, optaron por la misma senda. Tras declararse la esclavitud ilegal en todas las posesiones británicas en mil ochocientos treinta y tres, era cuestión de tiempo que Zanzíbar erradicara esta práctica.

En efecto. Aunque Zanzíbar se resistió en un primer momento, la superioridad militar de los británicos, doblegó la voluntad de los sultanes omaníes, y en las postrimerías del siglo XIX, la esclavitud fue totalmente desterrada de los territorios administrados por las naciones occidentales.

En esta centuria, los omaníes perderían Zanzíbar que pasaría a convertirse en un protectorado británico hasta su independencia, que tendría lugar en mil novecientos sesenta y tres. Un año después, Zanzíbar se uniría a Tanganica para formar Tanzania.

Reverte también se ocupará de la historia de Tanganica, fijando su atención en su conversión en colonia y en la primera de las dos contiendas mundiales en la zona. Poco hay que apuntar al respecto. Tan sólo que aunque comenzó siendo colonia alemana, tras

la finalización de la “Gran Guerra”, Tanganica se convertiría en posesión británica hasta su independencia.

Tras su periplo tanzano, Reverte se internará en tierras kenianas. En esta segunda parte, visitará dos regiones. Mombasa y Lamu.

Como nos tiene acostumbrados, se ocupará de su historia. Sin embargo, al menos en el caso de Lamu, también habrá hueco en su narración para la cultura de la ciudad.

No me detendré en su historia, ya que es bastante farragosa. Sirva como ejemplo que en el caso de Mombasa, la narración de Reverte está trufada por episodios bélicos, algo que como veremos, no es infrecuente en el relato del periodista.

Por ello me referiré a la cultura de la ciudad, dado que además, esto nos sirve para saber algo más sobre la cultura swahili.

Reverte aprovechará que la ciudad es la cuna de la civilización swahili, para mencionar algunos de los elementos fundamentales de la misma.

Respecto a su mitología, esta está marcada por nuestro destino, que será escogido irremisiblemente por Dios, sin que podamos hacer nada para cambiarlo. El profeta Mahoma es presentado como un ser desenfadado y aventurero.

Por otro lado, abundan las historias curiosas, los proverbios y las historias cuyos protagonistas son animales. También es frecuente encontrar narraciones protagonizadas por mujeres. Estas historias suelen reproducir las narraciones bíblicas, cambiando los nombres de los protagonistas femeninos. Las mujeres buscan en general la satisfacción sexual, algo que consiguen usando malas artes y engañando a sus maridos.

A continuación mencionaré una leyenda swahili.

Se trata de la historia del señor tonto y del señor listo.

Al parecer, el señor tonto no tenía éxito con las mujeres. Por esta razón, pidió consejo al señor listo. El señor listo le aconsejó que comprara una caja con una planta masticable

muy apreciada en la costa. El señor tonto la compró, y logró seducir a una mujer. Dicha mujer era la esposa del señor listo. El relato tiene su moraleja. No hay que enseñar nada a un tonto.

Tras su breve periplo por la isla de Lamu, regresará a Mombasa para dirigirse a Nairobi utilizando como transporte el mítico tren “Lunático”. El recorrido, le servirá para relatarnos la historia de la construcción del legendario tren, que a punto estuvo de ser truncada por culpa de dos fieros leones. También aprovechará el recorrido para hablarnos de otros exploradores como los descubridores de los montes Kilimanjaro y Kenia.

El inicio de su recorrido en el ferrocarril, constituirá el final de la segunda parte, y el inicio de la tercera que lleva por título “*Las tierras altas de Dios*”. Esta se iniciará en Nairobi, la capital keniana.

Su aventura por la ciudad, le dará pie para adentrarse en la historia del país, abordando el período comprendido entre la colonización británica y la independencia de la nación, que ocurriría en la segunda mitad del pasado siglo, (Pues al referirse a la historia de Mombasa y Lamu, había tocado fundamentalmente los siglos anteriores). De esta forma, volverá a narrarnos la historia de una nación desde que fue habitada por sus primeros moradores hasta el momento en que se redactó el libro. También dedicará algunas páginas a la escritora danesa Karen Blixen, al referirse a su relación con el continente.

Tras visitar Nairobi, abandonará Kenia para dirigirse nuevamente a Tanzania. Su destino será Arusha, la ciudad donde se formalizan las gestiones para realizar los safaris, ya que pretende realizar un safari por dos de los principales parques naturales africanos. El Ngoro Ngoro y el Serengueti.

Pero antes de internarse en ambas reservas, visitará una aldea masai. Esta excursión le dará pie para mencionar la última muestra de la civilización a la que se refiere en este primer viaje.

A continuación paso a hablar de los masais.

Constituyen la principal etnia de Kenia, y dividen su presencia entre Kenia y Tanzania. Viven en las Mayatta, chozas construidas con barro, paja y excrementos de animales. Las aldeas se denominan Kraal o Boma, están constituidas por un grupo de mayattas distribuidas en círculo, rodeadas por una barrera de espinos y arbustos, para impedir el paso a los depredadores. En el centro de la aldea se instala un cercado para guardar el ganado. En muy pocas ocasiones las aldeas superan la veintena de chozas.

La tribu comenzó a desplazarse en el siglo XVII hacia las regiones que hoy ocupa, aniquilando e integrando a las tribus con las que se encontraba. En el siglo XVIII llegaron al hábitat que hoy ocupan. Con la llegada de los británicos, se vieron obligados a abandonar sus tierras. Pero a diferencia de los Kikuyu, que siempre tuvieron malas relaciones con los colonos, los masái siempre estuvieron en paz con los británicos. En mil novecientos cuatro se vieron forzados a dejar sus tierras para que los colonos cultivaran allí café, té, trigo y otros productos. Aunque se les prometió no despojarles de aquellas tierras, varios años después, tuvieron que emigrar nuevamente hacia el Sur.

La llegada de la independencia de Kenia y Tanzania, no les ha supuesto grandes problemas, por lo que han podido mantener casi intacto su modo de vida tradicional. Por lo que respecta a su cultura, el elemento de mayor consideración de la misma es el guerrero o elmorán. Su principal obligación es defender la aldea. El resto del tiempo lo pasan bailando, acicalándose, divirtiéndose y esperando por las muchachas que les preparan la comida en su choza y satisfacen sus necesidades sexuales.

Pero el elemento que más distingue al elmorán es la caza del león, que se sigue llevando a cabo, a pesar de estar prohibida en Kenia. Esta se realiza de la siguiente forma:

Los guerreros salen armados con largas lanzas, y ataviados con plumas de avestruz, y con campanillas atadas a los muslos. En este video podemos observarlos en un [intento de caza](#). Por la noche, logran detectar a un león por sus rugidos. Al amanecer se dividen en grupos para buscarlo. Cuando una partida localiza al león, llama al resto para que puedan participar en la caza. Los guerreros rodean al animal y arrojan contra él sus lanzas. El felino se defiende y algunos muchachos son heridos. Pero los guerreros continúan atacando hasta que la fiera muere. El primer elmorán que ha clavado su lanza

en el cuerpo del león se queda con la cabeza del animal. El resto de las partes de la fiera son para quienes logren hacerse con ellas. Las más apreciadas son la melena, las garras y la cola. Luego los guerreros recogen a los heridos y regresan a la aldea. Allí cantan y muestran con orgullo sus trofeos y heridas a las mujeres y ancianos.

El Ngoro Ngoro será su penúltima parada. Al igual que hizo en la primera parte de la obra cuando se refería al Nilo, abordará la historia de la reserva, desde su formación hasta su declaración como área protegida para evitar la extinción de algunas especies por culpa de la caza. Sin embargo, no voy a detenerme prolijamente en la misma. Basta señalar que desde la segunda mitad del siglo XX, los masáis y los turistas occidentales, son los únicos humanos que pueden visitar el cráter. Estas palabras muestran el bienestar que experimentó el autor madrileño al contemplar el cráter.

“Recordaba la descripción de John Hunter sobre aquel jardín del Edén, y pensé en aquellas palabras de la Biblia en el génesis:

Plantó luego Javé Dios un jardín en Edén, y allí puso al hombre a quien formara. Hizo Javé Dios brotar toda clase de árboles, hermosos a la vista, y sabrosos al paladar. Salía del edén un río que regaba el jardín. Y Javé Dios, trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y aves del cielo formó la tierra, para que el hombre viese cómo les llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes, el que él les diera”.

Luego concluye:

”Imaginé que el autor de aquel texto, podría haber añadido algo parecido a esto:

Y el hombre bautizó también aquel jardín, y lo llamó Ngoro Ngoro”

Javier Reverte aprovechará su visita al Serengueti para ocuparse del fenómeno de la caza, tan íntimamente ligado al continente. Nos hablará de su historia, pero al igual que ha hecho con otros acontecimientos, también de sus personajes, que son el eje central. William Cotton Oswell, George Gordon Cumming y Frederick Courteney Selous son algunos de los cazadores que desfilan por sus páginas.

Por último, en el epílogo, narra el viaje de vuelta brevemente. Tras despedirse de los guías que le han acompañado en el safari, retorna a Kampala para emprender el regreso a Europa.

En Kampala, le invadirán dos sensaciones contrapuestas. Por un lado, le atenazará la melancolía. A pesar de que ha realizado un sueño, al toparse con la miseria de la ciudad, se entristece al recordar la situación de África. El continente está asolado por las enfermedades, la miseria, el hambre, la intolerancia, el saqueo, la corrupción y todos los males que puedan ser imaginados.

Una frase expresa la tristeza experimentada por el escritor.

“El horror de África borraba de mi memoria de golpe la belleza de sus paisajes”

Pero también le invadirán sensaciones positivas relacionadas con el viaje. Ha cumplido su sueño y expresa su alegría animando al género humano a viajar para comprobar si aquello que han imaginado es real, para tener la certeza o no de si aquello que han escuchado se ajusta a la realidad.

Reverte cree que *“Hay que viajar siempre, ponernos a prueba ante lo inesperado, ver y sentir sobre lo que hemos leído, sobre lo que nos han contado. Sobre lo que hemos imaginado”*

A continuación añade:

“Creo que el ojo del hombre debe ver las cosas por sí mismo. Respirar con sus propias narices los aromas de las plantas, de los animales y de los otros hombres. Tocar con sus manos las manos de hombres de otras razas. Pisar con sus propios pies las tierras más lejanas”

Como colofón final afirma que *“El alma del hombre tiene que recuperar la pasión de la aventura, y no esperar a que se la sirvan en la pantalla de un televisor, o en las salas del cinematógrafo”*

7. Hacia el río Congo

Habíamos dejado a Javier Reverte de vuelta a Europa, después de haber realizado su primer viaje africano. Un viaje que como hemos visto, le llevó a recorrer durante varios meses, tres países del continente. Uganda, Kenia y Tanzania. Pero volvamos atrás para saber la razón de que de nuevo el escritor madrileño sintiera la necesidad de volver a perderse en las sabanas del continente oscuro.

Cuando se encontraba en territorio ugandés, mientras se desplazaba en el todoterreno que le servía como transporte, frecuentemente encontraba multitud de aldeas. Cuando transitaba por ellas, los niños lo miraban y le saludaban con una única expresión.

Al verle le decían:

“Mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu, mzungu”.

Javier Reverte, intrigado, quiso saber el significado de aquel vocablo, por lo que preguntó a Abu. Este le explicó que a causa de la larga guerra civil que había sufrido el país, aquellos niños no habían visto nunca a un hombre blanco, por lo que al verle mostraban una gran sorpresa. Esos niños denominaban mzungu a todos los hombres blancos. Como hemos visto el viaje continuó, y ya en Arusha, Javier Reverte volvió a insistir sobre el tema, esta vez a quien era su guía en el safari tanzano.

El guía le explicó que la palabra Mzungu no sólo se podía utilizar para designar al hombre blanco en su conjunto, o al europeo. También venía a significar extranjero o viajero. Podía en última instancia, hacer referencia a un viajero constante. Se refería a alguien que no estaba siempre en el mismo sitio. Una especie de nómada, o para ser más exactos, alguien que siempre estaba vagando, un vagabundo.

En ese instante, Javier Reverte se imaginó como un Mzungu, un vagabundo, un viajero, cuya única pretensión era volver a África para recorrer el continente con total libertad. Así pues, la palabra mzungu es el germen de su segundo viaje y en consecuencia también, de su segundo libro africano.

En esta obra, el escritor madrileño recorrerá Suráfrica, Zimbabue, Tanzania, Ruanda y la República Democrática del Congo, antiguamente conocida como Zaire.

El libro consta de tres partes. “*Una tierra de pólvora y sangre*”, “*Del Índico al Atlántico*”, y “*El río de la vida y de la muerte*”.

Mientras que en *El sueño de África* la narración es completamente lineal, comenzando por el principio y terminando en el final de la misma. Nuestro protagonista cambia ligeramente el procedimiento. En efecto, en esta segunda obra, el escritor madrileño comienza haciéndonos partícipes de un incidente que le ha ocurrido durante su segunda aventura africana. Dicho incidente tiene lugar en la parte final de la obra, cuando se encuentra en la República Democrática del Congo, la última etapa de su trayecto. Quizá Reverte use este procedimiento para innovar, para no repetirse. La obra comienza con el escritor madrileño embarcado en el Akongo Mohela.

Era un miércoles de octubre, el sexto día de navegación. Se encontraba atracado en el puerto de Bolobo a unos trescientos treinta kilómetros de la capital congoleña, Kinsasa. La causa no era otra que uno de los frecuentes controles militares que se efectuaban en el río Congo, que estaba navegando. Era mil novecientos noventa y siete, y estaba finalizando una de las numerosas guerras que han asolado al antiguo Zaire, desde la caída del dictador Mobutu Sese Seko. Javier Reverte había efectuado el viaje con el único propósito de navegar el río Congo, cuando de repente, un soldado, le exigía doscientos dólares. Si Reverte no pagaba el soldado le mataría.

Con este inquietante dilema, inicia Reverte el segundo de los libros que componen su trilogía africana. A continuación se referirá a la gestación del viaje.

Tras la publicación del *Sueño de África*, Javier Reverte estaba dispuesto a escribir nuevo material. La obra había obtenido una gran acogida por parte de los lectores, y las buenas ventas que había cosechado, animaban al escritor a emprender un nuevo viaje al continente. Ya he dicho que pretendía viajar por África con total libertad. Sin embargo, su nueva aventura debería incluir dos rincones a toda costa.

Uno constituiría el punto de partida y otro el final de su viaje. El viaje tendría que finalizar en el río Congo. Pretendía emular a Joseph Conrad, y su inspiración sería *El Corazón de las tinieblas*.

Dicha inspiración queda clara en las primeras páginas del libro, al darnos cuenta del control militar al que acabo de referirme.

“Por mi parte, que buscaba el espíritu de la novela en el curso del enorme río, puedo decir, que no esperaba darme de bruces con su realidad maligna. De saberlo de antemano, no sé si habría sido lo bastante fuerte como para enfrentarme a las tinieblas”.

Respecto al punto de partida, Reverte tiene claro que el viaje debe iniciarse en Ciudad del Cabo, ya que cree que puede afirmarse que *“allí empezó de manera decidida, la ambición del hombre blanco por convertir el continente en un territorio propio. Por arrebatarse al hombre negro la posesión de la tierra y la explotación de sus inmensas riquezas”*

Por este motivo es comprensible que el primer capítulo de la obra se inicie dando cuenta de cómo llegaron los europeos al país, y a la vez, al territorio que hoy ocupa una de las principales ciudades surafricanas. El pretexto utilizado para ello será su primera excursión, en la que se dirigirá a Robben Island. Se trata de la archiconocida isla que durante el régimen racista hizo las veces de prisión, y que se encuentra en la Bahía Table.

A finales del siglo XV, las especias de Oriente constituían el producto más apreciado. Tenían un elevado precio en el mercado, pero conseguir las entrañaba grandes peligros. Estos provenían de la expansión del Islam, que se había extendido con rapidez por África, Asia y Turquía. Sólo existía una alternativa segura. Esta consistía en Navegar hacia el sur la costa atlántica de África, doblar el Cabo de Las Tormentas, y ascender por el Índico hacia Oriente.

Los portugueses, que pretendían hacerse con el control del comercio de las especias, fueron los primeros que arribaron a la actual Suráfrica, llegando a la Bahía Table y al Cabo de Buena Esperanza, antes conocido como de las tormentas. Lo harían en mil cuatrocientos ochenta y siete. Diez años más tarde, Vasco de Gama recorrería el mismo camino, llegando hasta la India. Sería el iniciador de la ruta de las especias.

Pero el cambio de siglo trajo consigo el interés por las especias de nuevos competidores. Ingleses y holandeses se sumaron a los portugueses. Las tres naciones rivalizarían por hacerse con el control de tan provechoso negocio.

A partir de entonces, las expediciones comenzaron a frecuentar la Bahía Table. El motivo era triple.

Estaba a mitad de camino entre Europa y Oriente, las tripulaciones podían recuperarse de las enfermedades que les atenazaban, y podían proveerse en abundancia de agua, carne y otros alimentos.

Serían finalmente los holandeses quienes ganaran la partida, y quienes fundaran Ciudad del Cabo.

En mil seiscientos cuarenta y siete, una embarcación holandesa naufragó allí, y se establecieron temporalmente en el lugar hasta que fueron rescatados. Este episodio sería el inicio del establecimiento de una abundante colonia neerlandesa en la zona. En efecto, varios años después, Jan Van Riebeeck, un navegante holandés, llegó a la zona. Venía auspiciado por la Compañía holandesa de las Indias orientales. Su misión era crear una base de aprovisionamiento para los barcos que debía situarse en El Cabo. Riebeeck acabó por establecerse allí.

Creó granjas, sembró viñedos, plantó verduras y comenzó a hacer prosperar la naciente ciudad. Fruto del paulatino crecimiento que experimentaba la naciente urbe, comenzaron a llegar gentes provenientes de otras partes de Europa, como Francia y Alemania. La causa principal de esa emigración, no era otra que la falta de perspectivas

en su Europa natal. Los nuevos habitantes de la urbe eran colonos que veían en los nuevos territorios una salida a la pobreza que les atenazaba.

Por lo que respecta al ámbito político, los holandeses, que gobernaban la ciudad en solitario, se denominaban a sí mismos boers. Los boers, que crearon un idioma, (el Afrikáns, todavía hoy hablado en el país), basaban su existencia en dos premisas fundamentales.

Se consideraban a sí mismos como el pueblo elegido de Dios, y se creían superiores al resto de pueblos de la humanidad. Eran unos fanáticos que no veían más allá de la Biblia y el fusil. Por esa razón, no es de extrañar que fueran extendiendo progresivamente su dominio por toda la actual Suráfrica.

Su expansión se vio detenida por los británicos a finales del siglo XVII. Ya en el siglo XVIII, perderían el control de la ciudad.

Al aclararnos las circunstancias que hicieron posible primero la llegada, y luego el asentamiento de los europeos en la ciudad, Reverte deja claras sus intenciones. Al igual que en su anterior libro, la historia tendrá un papel fundamental. Puede que este sea mucho mayor que en su primer libro africano. Los procedimientos para contarnos el devenir histórico de los países que visita son básicamente los mismos que en su anterior obra. Utilizar un pretexto, como la visita de un monumento determinado, para hablarnos sobre la historia de un lugar, o acercarnos a la vida de un personaje en concreto.

Este último caso, será utilizado en varias ocasiones durante su estancia en Suráfrica. La primera de ellas, tendrá lugar en la ciudad que ahora nos ocupa. De esta forma, pondrá fin, tras visitar el Cabo de Buena Esperanza a su recorrido por la ciudad. El personaje elegido por Reverte es el millonario y político británico Cecil Rhodes. También desfilarán posteriormente, el archiconocido Ghandhi, y Shaka, el principal de los soberanos zulúes.

El motivo de que el primero de los personajes que Reverte retrate sea Cecil Rhodes, no es casual. Ya vimos en su anterior libro sobre el continente, *El sueño de África*, que su

intención es narrar la historia de los lugares que visita. Para ello utiliza, como hemos visto las biografías de los personajes que los han forjado tal y como son hoy. En el caso que nos ocupa, este retrato le servirá para poner sobre la mesa dos cuestiones.

En primer término, mediante el retrato de Rhodes nos presentará a los británicos, tras haber hecho lo propio con los boers poco antes. Además, pondrá el foco en una de las cuestiones por las que desgraciadamente se ha conocido más a Suráfrica.

Me refiero al racismo. Un racismo en el que boers y británicos estaban unidos. Ya el contexto de la narración de Reverte nos pone sobre aviso. El escritor se encuentra paseando por la ciudad, y nos describe esta como dos mundos. Por un lado, existía una ciudad reservada a los negros, que vivían en los barrios periféricos de la misma. Por el otro, una reservada a los blancos. Esta contaba con magníficas playas, hermosas calles, relucientes jardines, lujosas viviendas y edificios de aire californiano. Es allí, donde encuentra una estatua de Rhodes que le da pie para adentrarse en su figura.

Cecil Rhodes fue un político y empresario británico, de los más influyentes de su tiempo. De su faceta como empresario poco hay que apuntar.

Muy pronto se le detectó una grave enfermedad que aconsejó un cambio de clima, y a consecuencia de ello, emigró a Suráfrica. Allí, aunque comenzó a estar interesado por el algodón, muy pronto cambió la tela por los diamantes. En muy poco tiempo, llegó a controlar la mayoría de las explotaciones diamantíferas del país, convirtiéndose en una de las mayores fortunas de Inglaterra.

Es en su faceta política donde se manifiesta el racismo que Reverte quiere reflejar. Rhodes tenía una idea. Poner bajo dominio inglés gran parte del planeta. Pretendía que estuvieran bajo el yugo británico Suramérica, Estados Unidos, el valle del Éufrates, toda África, e incluso parte de Europa. Contribuyó además a la colonización de tres países. Zimbabue, Zambia y Suráfrica.

Reverte recoge las ideas del megalómano británico. Estas expresan con claridad meridiana su pensamiento.

Así hablaba de los británicos:

“Yo afirmo que somos la mejor raza de la tierra, y que la absorción de la mayor parte del mundo bajo nuestro gobierno significará el fin de todas las guerras”.

Seguidamente añadía lo siguiente.

“Dentro de la raza blanca, el hombre anglohablante, sea británico, australiano, americano o surafricano, ha demostrado ser el mejor instrumento para desarrollar el plan divino para desarrollar la justicia, la libertad y la paz, en la máxima extensión posible del planeta”

En el segundo de los capítulos de la obra, titulado *“Shaka el terrible”*, continuará en parte abordando el fenómeno del racismo, tan íntimamente ligado a la nación surafricana.

Tras abandonar Ciudad del Cabo, se dirigirá a Durban, la tercera ciudad más importante del país. Una de las excursiones que realizará le llevará al mercado de Victoria Market, uno de los principales de la urbe. Allí, muchos vendedores, entre ellos uno indio, le aconsejarán que ponga a buen resguardo su cámara, sino quiere que los ladrones hagan su agosto. Este hecho le sirve a Reverte para hablarnos sobre el racismo nuevamente.

Pero se trata en este caso, de un racismo del que nadie habla, por así decirlo, de un racismo invisible. El exhibido por parte de la comunidad india del país hacia la mayoría negra. Un racismo que le sirve para acercarse a la actualidad.

Tras advertirle de que tuviera cuidado, el vendedor asegura:

“¿No ve la cantidad de negros que hay por todos lados?

Este barrio es nuestro, de los indios. Pero ahora a los negros les permiten ir por todas partes. Antes al menos, se les tenía más sujetos. Había zonas donde no podían entrar. Ahora por las noches duermen tumbados por todo el barrio. No hacen nada, sólo pedir y robar”

Ante los pensamientos de su interlocutor, Reverte comenta:

“Supongo que no todos los negros son ladrones”

Pero su interlocutor no se movió un ápice de su postura. *“Yo no soy racista ni estoy contra la democracia, pero si todos los que roban son negros, ¿Qué es lo que voy a pensar?”*

Este encuentro con el vendedor, le da pie al escritor para hablarnos sobre la estancia en Suráfrica de uno de los personajes más influyentes de toda la historia. Me refiero a Gandhi, al tiempo que aprovechará también para continuar hablándonos sobre ese racismo invisible al que aludí anteriormente.

La estancia de Gandhi en el país puede resumirse en pocas líneas.

Arribó a la nación africana en 1893 estableciéndose en Durban. Casi de inmediato, comenzó a luchar por mejorar la calidad de vida de la comunidad india residente en Suráfrica, en su mayoría traídos por los británicos para cultivar caña de azúcar. Tras un breve paréntesis en el que se dedicó a la abogacía en Johannesburgo, continuó sus reivindicaciones y consiguió sus objetivos. Estos no eran otros que acabar con los impuestos especiales a los que debía hacer frente la comunidad india del país, y lograr que dicha comunidad tuviera libertad de movimientos en toda la colonia.

En mil novecientos catorce, cumplida su misión, abandonaría el país para intentar mejorar la vida de sus compatriotas en La India, su tierra natal.

Más interesante parece la duda que Reverte cierne sobre Gandhi. Afirma haber rastreado su biografía y concluye que este nunca se preocupó por los derechos de los negros. De ser cierta la idea sostenida por el escritor, sería bastante sorprendente. Sorprendente, porque un personaje universalmente idolatrado por su contribución a los Derechos Humanos, no buscaría otra cosa en realidad, que el beneficio de la comunidad a la que pertenece. No le importaría nada el destino de la mayoría negra. Por tanto, por muy loable que fuera su discurso, este quedaría parcialmente empañado.

Reverte nos muestra con el ejemplo del mercado, y con la duda expuesta sobre Gandhi, que quienes han sufrido el racismo, no tienen por fuerza que ser benevolentes con los

demás. Pueden como ocurre con la comunidad india en Suráfrica, ser tan racistas como lo eran los colonos blancos. De hecho, si los blancos consideraban inferiores a los asiáticos y a los negros, los indios, a su vez, hacían lo propio con los negros.

Reverte concluirá el segundo capítulo dedicado a Suráfrica, glosando la figura del rey Shaka, fundador de la nación zulú, lo que le servirá para presentarnos a quienes junto a los británicos y a los boers, contribuyeron a la configuración del país tal y como es hoy. Con el retrato del rey concluirán las semblanzas biográficas, y quedarán aparcadas las menciones al racismo, al menos de forma temporal. A partir de aquí, Reverte se interna en las guerras que gestaron la historia del país, desde el siglo XIX hasta principios del XX.

Ya comenté al referirme a su anterior libro, que Reverte parece sentir gran predilección por las guerras en general, y por las batallas en particular. Por eso no es de extrañar el espacio que dedica a la descripción de los conflictos, nada menos que tres capítulos, la mitad de los que transcurren en Suráfrica. No sólo se referirá a las causas que originaron las confrontaciones, sino que se adentra en el desarrollo de las batallas. Incluso tiene tiempo para hablarnos brevemente de cómo se organizaba la sociedad de los colonos holandeses. Ante esta cantidad de datos, parece aconsejable hacer la narración lo más sencilla posible, hablando de las causas y del desenlace de las contiendas, pero prescindiendo de las batallas, quizá lo más farragoso de la narración.

En el primero de los capítulos dedicados a las confrontaciones, "*Un grito de pavor. Zulú*", Javier Reverte nos relatará la contienda entre los colonos boers, que huían de la presión ejercida por los británicos, y los zulúes.

Tras las primeras victorias por parte de los zulúes, los boers revirtieron la situación. En el siguiente capítulo, "*La espada de Austerlich*", centrará su atención en las contiendas entre los británicos y los zulúes, dedicando una atención especial a la batalla de Isandlwana, en la que los británicos sufrieron una estrepitosa derrota, y que significó el inicio del conflicto.

El origen del conflicto estuvo motivado por la pretensión británica de unificar todo el territorio surafricano bajo su dominio. Los zulúes constituían un obstáculo para llevar a cabo su propósito. Por esa razón, Londres instó a los zulúes a cumplir una serie de condiciones cuya realización era imposible. Si las peticiones británicas no eran atendidas, estallaría la guerra. Como hemos visto, la confrontación comenzó, y a pesar del primer revés, los británicos lograron cambiar el curso de los acontecimientos, derrotando a los zulúes, que hoy viven integrados en Suráfrica.

En el último de los capítulos bélicos, *“Una guerra a la española”*, Reverte se ocupará de los dos conflictos acaecidos entre los colonos británicos y holandeses.

El primero de ellos tuvo lugar en mil ochocientos ochenta. El motivo fue la anexión por parte de los británicos, de la República de Transvaal, una de las colonias que habían fundado los boers a su llegada al país.

La contienda se resolvió rápidamente de forma favorable a los intereses holandeses, que lograron que Gran Bretaña aceptase la independencia de la colonia.

Pero habría otro conflicto entre ambos bandos.

El descubrimiento de diamantes en algunas regiones, en especial Witwatersrans, la actual Johannesburgo, atrajo el interés de los británicos, que comenzaron a desplazarse masivamente hacia allí, ante las oportunidades de negocio que se les presentaban. Pero los boers, no vieron con buenos ojos la instalación en sus tierras de los británicos. Los foráneos se veían obligados a pagar elevados impuestos. Además se les retiraron algunos derechos de ciudadanía. Las prohibiciones afectaban entre otros a los derechos electorales.

Ante esta disyuntiva, los witlanders, nombre con el que los boers se referían despectivamente a los recién llegados, protestaron. Pero su desacuerdo no cambió la situación.

Al comprobar que los boers no daban su brazo a torcer, los británicos comenzaron a organizarse para cambiar las tornas. Cecil Rhodes daría un golpe de Estado fallido en

1895. Este sería el preludio de las hostilidades, que estallarían cuatro años más tarde, ante el fracaso de las negociaciones para resolver el problema.

La guerra tuvo tres fases.

En la primera los boers tomaron la iniciativa. En la segunda, los británicos dieron casi por concluida la contienda. Sin embargo, los boers se recuperaron y pusieron nuevamente en jaque a los británicos, pese a que finalmente lograron vencer. Una victoria empañada por las tácticas empleadas por los vencedores. Este sería el primer conflicto en el que se emplearían los campos de concentración.

El tratado que puso fin a la guerra fue el Tratado de Vereeniging. Fruto de este acuerdo, nacería la Unión Surafricana en mayo de 1910.

El mencionado tratado convertiría todo el territorio surafricano en colonia británica, incluyendo los antiguos enclaves coloniales de los boers, que aceptaron integrarse en la naciente nación. Esta estaría formada por cuatro provincias. Transvaal, Natal, Orange y El Cabo, en donde estaría la sede parlamentaria. La capital se estableció en Pretoria.

Con el nacimiento del nuevo estado, se crearían las bases del Apartheid. A él dedicará Reverte el último de los capítulos de su periplo surafricano. Así concluirá el relato que también mencionará en su última parada a Nelson Mandela, fundamental para entender la historia de la nación que nos ocupa.

Aunque el Apartheid es probablemente el fenómeno más universalmente conocido de la historia del continente africano, no está de más recordar en qué consistía.

El periodista británico John Carlin, fue corresponsal en Suráfrica durante los años de su desmantelamiento. Lo define a la perfección en su libro *La sonrisa de Mandela*, que cubre los acontecimientos transcurridos desde la puesta en libertad del carismático líder, hasta su llegada a la presidencia.

El Apartheid es definido por Carlin en la página 17 del libro *La Sonrisa de Mandela* como:

“Un sistema que privaba al 85 por ciento de la población, a la gente de piel oscura, de cualquier capacidad de intervención en los asuntos de su país. No podían votar, se les enviaba a escuelas de inferior calidad para que no pudieran competir con los blancos por un puesto de trabajo, se les decía donde podían o no podían vivir, y qué hospitales, autobuses, trenes, parques, playas, aseos y teléfonos públicos, podían utilizar o no”.

Kapuscinski también se ocupa del siniestro sistema en su libro *Ébano*

Para intentar mostrarnos la situación de la población blanca de Tanganica y de África en particular durante el período colonial, se ocupará brevemente de estas prácticas abominables.

Así, al referirse a la población negra de la colonia, Kapuscinski escribe:

“Para las gentes de estos barrios, la libertad consiste en que ahora pueden caminar libremente por las calles de esta ciudad de cien mil habitantes, pudiendo incluso adentrarse en el barrio de los blancos.

Aparentemente, esto nunca les fue prohibido, pues el africano siempre pudo aparecer por allí, pero para ello debía de esgrimir un objetivo claro y concreto: ir a trabajar o volver del trabajo a casa. El ojo del policía distinguía fácilmente la manera de caminar del que se apresuraba en acudir al trabajo del que sospechosamente vagaba sin rumbo. Dependiendo del color de la piel, todo el mundo tenía aquí asignado el papel y el lugar que le correspondía.”

A continuación, concluía exponiendo de forma breve la visión de sus partidarios y detractores, dejando clara también su postura:

“Sus críticos decían que era un sistema introducido por los bestias de los boers para concentrar el poder y mantener a los negros en guetos, que allí se llamaban bantustanes. Los ideólogos del Apartheid se defendían: somos partidarios, decían, de que todo el mundo viva cada vez mejor y pueda desarrollarse, pero de que, dependiendo del color de piel y de la procedencia étnica, cada grupo se desarrolle por separado. Era un pensamiento engañoso, pues todo aquel que conocía la realidad sabía que tras aquel estímulo a desarrollarse por igual, se escondía un estado de cosas injusto: Por un lado, los blancos poseían las mejores tierras, la industria y los barrios ricos de las ciudades; y por otro, los negros, amontonados en pedazos de tierra estéril y semidesértica, llevaban una existencia miserable.”

Los británicos y los boers controlaban el devenir político y económico de la nación, mientras que la mayoría negra permanecía subordinada a la voluntad de aquellos.

Por esta razón, no es de extrañar que surgieran organizaciones que quisieran revertir la situación. La más importante de ellas, fue el Congreso Nacional Africano. Su líder sería Nelson Mandela, que entró a formar parte de su ejecutiva en mil novecientos cuarenta y nueve.

Al ser un fenómeno muy conocido, Reverte no se extenderá en demasía en el Apartheid, y tampoco hará lo propio con Mandela. Esto resulta obvio si comparamos el capítulo que dedica al fenómeno racista, con los tres que dedicó a las guerras que configuraron la nación.

Pero volvamos a la historia de forma breve.

La primera de las medidas tomadas por el ANC, siglas del Congreso Nacional Africano, fue la campaña de desafío, en mil novecientos cuarenta y nueve. Consistía en no acatar las normas racistas en momentos determinados. La respuesta gubernamental no fue otra que una brutal represión. Una represión que aumentó progresivamente con el paso del tiempo. En este estado de cosas, y tras otras acciones simbólicas, el ANC optó por la lucha armada. Mandela sería detenido y condenado a cadena perpetua en mil novecientos sesenta y dos. Reverte recoge las palabras que pronunció en el juicio y que tanta fama le han otorgado.

“He dedicado toda mi vida a la lucha del pueblo africano. He combatido contra la dominación blanca y la dominación negra. He adoptado el ideal de una sociedad libre y democrática, en la que todas las personas vivan en armonía e igualdad de oportunidades. Es un ideal por el que seguiré viviendo y que espero conseguir, pero si es necesario, es un ideal por el que estoy dispuesto a morir”.

Las organizaciones que defendían los derechos de la población negra y asiática fueron ilegalizadas, y la represión continuó, a la par que la lucha de la población oprimida se radicalizaba. La masacre de Sowetto en mil novecientos setenta y seis, supuso un punto

de inflexión. A partir de entonces, a la fuerte presión local, se sumó la presión internacional, que unía a la protesta una campaña de boicot al régimen.

El deterioro económico, hizo que en la década de los ochenta, el gobierno comenzara a suavizar las restricciones que imponía a la mayoría de la población. El Apartheid recibiría su estocada definitiva durante la presidencia de Frederik De Klerk.

En febrero de mil novecientos noventa, Mandela lograría la libertad. A partir de entonces, se iría demoliendo progresivamente todo el entramado racista. En mil novecientos noventa y cuatro, concluyó el proceso con la celebración de las primeras elecciones verdaderamente democráticas, que dieron la victoria al partido de Mandela, y que le convirtieron en presidente del país. De esta forma concluye el repaso que Reverte hace por la historia surafricana.

Por lo que respecta a la figura de Mandela, Reverte destaca que sea el primer dirigente africano verdaderamente democrático. El resto de quienes hasta entonces han regido los destinos del continente, son tiranos al servicio de los dos grandes bloques de la “*Guerra Fría*”, el soviético y el americano. También podremos palpar la opinión de la gente sobre el carismático político.

Reverte realizará una excursión turística por Sowetto, que le servirá para mostrar la esperanza que tenía la gente puesta en Mandela. Durante el transcurso de la misma, visitará un barrio pobre. Allí, charlará con una mujer que vive con sus siete hijos. Esta le comenta que lleva siete años esperando a que el gobierno le conceda una vivienda digna. Entonces Reverte le dice:

“Tal vez se la conceda Mandela. En eso confío. Mandela es un padre. Un padre santo”.

Reverte abandonará el país tras visitar Pretoria y Johannesburgo. Al finalizar su visita, parece desencantado con el país y encantado con Mandela.

Respecto a Suráfrica afirma:

“Creo que no amo Suráfrica. Los surafricanos están en el derecho y el deber de hacerlo. Pero no los demás. Ahora, cuando escribo sobre aquellos días del pasado verano pienso que no es fácil que vuelva alguna vez allí. Mis recuerdos de Suráfrica son paisajes de campos de batalla y gentes abrumadas por el peso de su cruenta historia. Y ciudades sumidas en la delincuencia, o adornadas por cañones de viejas guerras y engalanadas de antiguos combates”

A continuación ofrece su opinión sobre Mandela para dar por finalizado su trayecto surafricano, a la par que anuncia su próximo destino, que no es otro que Bulawayo, en Zimbabue.

“Zimbabue no parecía ofrecerme algo mejor. De modo que me dormí en el autobús, no sin antes desearle larga vida en mi interior a Nelson Mandela. El mejor hombre de África, en la más violenta tierra de África”.

Si bien respecto a Mandela, no hay nada que objetar, su opinión sobre Suráfrica puede ser discutida.

Puedo entender que a Reverte le resulte desagradable una ciudad por su aspecto. Pero no entiendo que le desagrade un país por ser el escenario de múltiples confrontaciones bélicas. Dos motivos me hacen plantearme esta reflexión. El primero es que en todos los lugares de nuestro planeta han existido en mayor o menor medida conflictos bélicos. El segundo es que él mismo ha elegido todos los lugares a los que ha ido. Blood River, Lady Smith, y Sowetto son algunos de los lugares que ha elegido visitar libremente. Como no podía ser de otro modo, está en su derecho de tener la opinión que estime oportuna sobre cualquier lugar, sea esta buena o mala. Pero me resulta extraña esa opinión negativa, cuando lo que se va buscando deliberadamente es la historia de los países que se visita. Más aún cuando como es el caso, quien lo hace se ha documentado minuciosamente, y sabe con exactitud lo que desea encontrar.

En su recorrido por Zimbabue, Reverte no nos ofrecerá nada nuevo. Así pues, historia y actualidad se mezclarán junto a algunas de sus peripecias viajeras. Respecto a la historia del país no es necesario extenderse en demasía.

Las dos etnias principales del país, Shonas y Endebeles, llegaron allí varios siglos antes de la expansión colonial, y comenzaron a expandir sus dominios. Al mismo tiempo, comenzó a correr por Europa la noticia de que en el actual Zimbabwe se encontraban las minas del rey Salomón que se nombraban en la Biblia. Esto despertó el interés progresivo de los europeos por hacerse con la nación. Pero no sería hasta el siglo XIX, cuando este interés dio sus frutos en forma de conquista. El impulsor de la conquista, no fue otro que Cecil Rhodes, de quien Reverte pretende seguir su estela en el viaje. Así, el actual Zimbabwe pasó a denominarse Rodesia del Norte en mil ochocientos noventa y tres. Permanecería bajo dominio británico hasta mil novecientos sesenta y tres, fecha en la que se independizaría de la metrópoli de forma unilateral. El nuevo mandatario, Ian Smith, quiso implantar un sistema similar al Apartheid, pero fracasó en su intento. La presión internacional, y las rebeliones internas, hicieron sucumbir su proyecto. En mil novecientos ochenta, Rodesia del Norte alcanzaría su independencia legalmente, y cambiaría su nombre por Zimbabwe. Robert Mugabe, el líder de la sublevación, se haría con el poder. Tras varios años de violentos enfrentamientos entre las dos etnias principales del país, se restablecería la paz en mil novecientos ochenta y siete.

Pero como ya he dicho, además de ofrecernos profusas notas históricas, Reverte nos transmitirá la visión que de África tienen los propios africanos.

En esta ocasión, el encargado de hacerlo es Fredy, un músico de jazz que tras haber vivido varios años en España, había sido expulsado. Reverte nos da a conocer con sus palabras la visión que tenía sobre la situación de Zimbabwe en aquellos momentos.

Respecto a la población blanca del país opina:

“Los blancos están en Zimbabwe mejor que nunca. Tienen las granjas más rentables, las empresas más productivas, controlan la industria del turismo y de la caza. Y además no tienen que ocuparse de la política”. Respecto a la población negra se muestra desesperanzado.

“A los ciudadanos negros, que ahora al parecer somos libres de la opresión colonial, nos quedan el paro, la miseria, los bajos salarios cuando los hay, la prostitución, el sida, y todas esas cosas que

no voy a seguir enumerándote. Algo es algo”. Pero no se queda ahí, y da en la diana al hablar de los gobernantes de Zimbabue. “El problema ya no son los blancos. El problema son los hombres que nos gobiernan. Sobre todo el presidente Mugabe. Son corruptos. No hacen nada por la gente pobre de este país. No hace nada, especialmente por los endebeles, que somos quienes padecemos la miseria. Los blancos racistas se ahorran ahora la policía con la que contener la rebelión negra. Para eso tienen gobernantes negros que se ocupan de mantenernos quietos”.

En definitiva, Fredy viene a decirnos que todo ha cambiado para que todo siga igual.

También aprovechará su estancia en Zimbabue para ofrecernos como en él es habitual, alguna referencia biográfica. En este caso, el afortunado es Henry Rider Haggard, aprovechando la mención que ha hecho de su obra cumbre, *Las minas del rey Salomón*.

Tras visitar Harare, Bulawayo, el parque de Matopos y las cataratas Victoria en una corta excursión, abandonará Zimbabue.

Aunque en un principio no está seguro sobre qué rumbo tomar, finalmente decide que su siguiente destino será Tanzania. Su segundo viaje tanzano, significará el final de la primera parte de la obra y el inicio de la segunda.

Su primera parada será Dares-Salaam, la capital tanzana. En esta segunda parte, “*Del Índico al Atlántico*”, viajará por dos naciones. La mencionada Tanzania y Ruanda.

En la capital tanzana, nos narrará sus peripecias en la ciudad, y cómo llegó a Kilwa, que sería su próxima estación en el país. Una vez allí, se detendrá como en él es costumbre, en la historia de la ciudad. Se trata del último enclave swahili que le queda por visitar, tras haber recorrido el resto en su viaje anterior.

Su penúltima excursión tanzana es el parque Selous, que debe su nombre al mítico cazador británico, y que tiene una extensión similar a la de Suiza, siendo una de las principales reservas del continente.

A pesar de ello, Reverte no dedica demasiado espacio a la descripción del paisaje que allí encuentra. Por el contrario, prefiere relatarnos las peripecias que allí le suceden,

dejando claro que le interesan más las personas que los paisajes. Además, mediante el relato, contrapondrá su visión de África con la que tienen los africanos.

A continuación expondré la anécdota que lo ilustra.

Durante el trayecto que le condujo al parque, tuvo que hacer frente al pinchazo de una rueda, algo que le volvió a ocurrir en la reserva. A resolver la primera avería le ayudó un africano que estaba en un matatu cuando su vehículo se resintió. Este africano, cuyo nombre era Rubén, acompañó a Reverte hasta la reserva ya que él se dirigía a la entrada de la misma. Traigo a colación el incidente porque mientras Reverte aseguraba haber pasado una gran noche en la reserva, Rubén veía las cosas de manera diferente.

Durante el recorrido, Reverte le preguntó a Rubén sobre la existencia de leones en aquellos parajes. Rubén contestó. *“Claro, MR Martin. Son demasiados. El gobierno se empeña en conservarlos para dar gusto a los turistas, mientras nosotros tenemos que vérnoslos con ellos. Nadie nos paga las cabras que se nos comen. También se comen algún vecino de vez en cuando. África es un fastidio para los africanos señor Martin”*. Después añade. *“¿No sabrá de algún trabajo en Europa? Me iría con gusto”*.

Finalmente Reverte preguntó:

“¿No le gusta África?”. Rubén zanjó por fin. *“La verdad, creo que a muy pocos africanos nos gusta África. Para ustedes está bien, para nosotros es una penitencia”*.

Su estancia en el parque le servirá para ver la tumba de Selous, el mítico cazador británico, y para relatarnos la rebelión Maji-maji. Ya aludí a esta rebelión indirectamente, cuando escribía sobre el primero de los libros africanos de su trilogía. Dicha rebelión fue la más importante de todas las que se produjeron durante el período colonial germano en Tanganica. No voy a extenderme en detalles. Basta recordar que tras el final de la sublevación, el trato a los nativos por parte de la metrópoli mejoró ostensiblemente, pasando de la barbarie total a un cierto humanitarismo.

Finalmente se desplazará en tren hacia Mwanza, para viajar posteriormente al lago Victoria, concluyendo de esta forma su recorrido tanzano.

Su penúltimo destino será Ruanda. Permanecerá unos pocos días en Kigali, capital del país. Tras hablarnos sobre la historia de la nación, utilizando como pretexto el genocidio ocurrido en mil novecientos noventa y cuatro, y visitar algunos de los escenarios del mismo, se dirigirá a su último destino, La República Democrática del Congo.

A la nación africana dedicará la parte final de la segunda parte de su obra, y el comienzo de la tercera y última. Comenzará haciendo una radiografía general del país, para posteriormente, adentrarse en la historia del mismo.

Respecto al país que nos retrata, basta señalar que el antiguo Zaire es un extenso territorio rico en recursos naturales como estaño, oro, plata y otros minerales. Pero esa riqueza, se contrapone con la lamentable situación atravesada por la nación, en la que lacras como el paro, las enfermedades y la corrupción, la asolaban sin tregua. Todo ello, sin que sus gobernantes hicieran nada para evitarlo, más bien todo lo contrario.

Respecto a su historia, abordará el período comprendido entre la colonización belga y el momento de gestación del libro.

Tampoco es necesario extenderse demasiado para abordar la historia del país.

Señalemos primeramente que el autor madrileño abordará primero el período comprendido entre la independencia y finales de los noventa, y luego el de la colonización, quizá para no repetirse.

Dos siniestros personajes marcarían el devenir de la nación durante los períodos retratados. El rey Leopoldo II de Bélgica, y Mobutu Sese Seko, a quien el escritor dedicará una semblanza biográfica.

El primero tuvo como premio el antiguo Zaire en la Conferencia de Berlín, tras culminar la colonización en la que había participado Stanley. El monarca obtuvo la autorización del Parlamento para disponer a su antojo de la nueva colonia, y a partir de entonces, comenzó un período caracterizado por la inhumanidad y los desmanes hacia la población local. Un período que se prolongaría hasta poco antes de la finalización de la primera década del pasado siglo. El culpable de terminar con este oscuro lapso de tiempo, fue Roger Casement. Casement fue un diplomático británico, que alertado por

diversas asociaciones para la defensa de los indígenas y por varias congregaciones religiosas, inició una investigación para determinar si eran ciertas las denuncias que se cernían sobre los gestores de la nueva colonia, denominada Estado Libre del Congo.

Casement viajaría en mil novecientos dos a la colonia, y poco después, redactaría un informe en el que se detallaban las atrocidades cometidas por los belgas. Gracias a ese informe y a la labor de concienciación de la opinión pública que llevó a cabo, logró que el monarca perdiera el control del territorio a favor del gobierno belga, que lo administraría hasta la independencia.

Pero con esta, producida en la segunda mitad del siglo, no acabarían los males de la nación, más bien se redoblarían. Tras un breve período en el que gobernó Patricio Lumumba, este fue asesinado por las autoridades belgas y americanas, que veían en él un bastión del comunismo. Mobutu Sese Seko fue el elegido para sustituirle. A partir de ese momento, el país comenzaría a desangrarse en todos los sentidos. Mobutu sólo tenía dos objetivos. Engordar su cuenta corriente y la de sus más allegados, y usar el país como si fuera una finca. Todo ello sin olvidarse de implantar una férrea dictadura. Reverte cuenta que en un discurso, Mobutu vio la necesidad de dotar a la Constitución de un nuevo artículo. Este muestra el desprecio que sentía por sus conciudadanos.

“Arregláoslas como podáis”.

Pero Mobutu dejó de ser útil tras el fin del bloque comunista, y con la aquiescencia de Estados Unidos, fue desbancado de la presidencia, que pasó a ocupar Laurent Kabila. Mobutu fallecería en Marruecos a donde se vio obligado a exiliarse. Con Kabila finaliza el relato histórico del escritor madrileño. Estas palabras del escritor muestran el caos que reinaba en el país cuando lo visitó.

“Ese era el paisaje del Congo que encontré a mi llegada. Ladronzuelos ardiendo en las calles. Hutus perdidos en las selvas y huyendo como animales hambrientos y aterrados. Tuttsis sedientos de venganza y seguros de su poder. La población empobrecida como siempre, y harta de escuchar promesas que no se cumplían. La prensa en la cárcel. El enemigo muriendo en las prisiones. La guerra sin cuartel en el otro lado del río. Un presidente que era poco más que el rehén de un ejército extranjero y un estado que no era tal, carente de estructuras políticas y judiciales. Y sobre todo, sin ningún proyecto de reconstrucción a la vista”

Reverte alternará la narración del devenir histórico del país con sus gestiones para lograr navegar el río Congo. Unas gestiones que siempre estarán en segundo plano, y que finalmente llegarán a buen puerto, pues logrará embarcarse en el Akongo Mohella. Junto a la historia y las gestiones para lograr su propósito, encontramos también referencias a Conrad y a su obra cumbre *El Corazón de las Tinieblas*.

Respecto al escritor polaco, realizará una breve semblanza sobre su paso por el Congo, para mostrarnos cómo el escritor pasó de ser un defensor del colonialismo, a ser un firme detractor del mismo, algo que también le ocurrió a Roger Casement.

Mario Vargas Llosa, narró de forma novelada en *El sueño del Celta*, la vida del diplomático británico, que llegó a entablar amistad con el escritor polaco. El autor peruano recrea algunas de las conversaciones que tuvieron lugar entre ambos. Según cuenta el novelista, en una de ellas, conversaban sobre su obra cumbre. Estas breves palabras del autor polaco a Casement, muestran su cambio de actitud.

“Usted me quitó las legañas de los ojos. Sobre el África, sobre el Estado Independiente del Congo. Y sobre la fiera humana”.

Por lo que respecta a su gran libro, hace notar que este es una traslación al papel de la experiencia conradiana en el país. Por último también explora la posibilidad de que uno de los protagonistas de la novela, el señor Kurtz, fuera un personaje real, (un comerciante), aunque no tiene clara su identidad de haber existido. Así concluye la segunda parte de la obra.

En la tercera, *“El río de la vida y de la muerte”*, que sólo consta de un capítulo, se centrará en narrar su viaje por el anhelado río. Un viaje que se vio interrumpido por el incidente que se mencionaba al principio del relato. Un militar borracho, le exigía una cantidad de dinero para dejarle continuar el viaje. De lo contrario, lo mataría. Por fortuna logró salvar su vida. Este episodio, y las tormentas que dañaron el buque durante parte del viaje, aconsejaban no realizar el trayecto completo. Además, el buque debía ser reparado. Por esa razón, aunque pretendía llegar a Kisangani, interrumpió su viaje.

En su etapa congoleña, también se muestra la corrupción existente en el continente. De un lado, por los frecuentes controles militares que obligaban a la nave a detenerse, y a pagar un peaje para continuar. Del otro, por la obligatoriedad de los extranjeros, de viajar con un salvoconducto. Un salvoconducto, y ahí está la corruptela, que el autor sólo pudo obtener mediante el pago de una cantidad de dinero al funcionario de turno.

No puedo dejar de apuntar que el río está presente en toda la obra, bien en sus conversaciones, bien en sus reflexiones. Unas reflexiones que le sirven como motivación para continuar. También para saber lo que le esperaba, en clara referencia al incidente con el soldado. Ambos casos se reflejan en su viaje a Kilwa. Resultó una odisea llegar a la ciudad. Por eso, cuando al fin lo logró dejó claro que aquello le serviría para afrontar su travesía por el río.

“Me sentía satisfecho y un punto orgulloso. Uno debe de estarlo siempre cuando llega a ese sitio donde todas las circunstancias aconsejan no ir. Porque viajar es también seguir cuando no tienes ganas. Y cuando lo haces, esa noche duermes como un saco. No me daba cuenta de que el viaje a Kilwa era una suerte de entrenamiento que me serviría para navegar después el río Congo. Es como el deporte. Los entrenamientos sencillos te preparan para la carrera definitiva. Para la gran competición. Y es también lo mismo para la literatura y la aventura”.

La obra finaliza con un epílogo, titulado “*Viajar es bailar*”, en el que relata el trayecto de vuelta, a la par que muestra su melancolía por despedirse de las personas que ha conocido a lo largo de su viaje, y que probablemente no volverá a ver. También reflexiona sobre el concepto de viaje.

Interesante es la siguiente reflexión, sobre los ciudadanos del norte y del sur. Una reflexión, que me temo, siempre está de actualidad.

“La gran diferencia entre los hombres del norte y los del sur, es que nosotros los del norte, siempre podemos irnos, y acabamos por hacerlo. Mientras que ellos los del sur, deben quedarse, aunque deseen irse, y seguir viviendo bajo la amenaza de la miseria y de la muerte”

La obra que completa la trilogía africana de Javier Reverte es *Los caminos perdidos de África*. En ella recorrerá tres nuevos países africanos. En esta ocasión, viajará por Etiopía, Sudán y Egipto, intentando desplazarse por ellos sin utilizar ningún medio de transporte aéreo, algo que no pudo lograr. En esta obra la historia seguirá teniendo una gran importancia.

En Etiopía, recorrerá la historia del país, primero con una panorámica general de la misma, y luego recorriendo las biografías de algunos personajes como Haile Selassie, que le permitirán detenerse en algunos de los períodos de la misma. También tendrá tiempo en el país para abordar la estancia en la nación de célebres personajes occidentales como Richard Burton y Arthur Rimbaud. Tampoco se olvidará de la civilización etíope, a la que le hará un guiño al hablarnos de su religión, siendo este el elemento de la cultura que más presencia tendrá en su relato.

Por lo que respecta a Sudán, condensa su narración en la historia del país, como suele hacer siempre, poniendo un mayor énfasis en la historia de la nación en el siglo XIX, pasando de puntillas por el siglo XX y la historia antigua de la nación.

Por lo que se refiere a Egipto, recorrerá toda la historia del país en un solo capítulo, desde el Egipto antiguo hasta la presidencia de Hosni Mubarak. Todo ello, sin olvidarse como siempre de relatarnos su viaje, combinando esta narración con la historia y con las reflexiones del autor y de las personas que encuentra durante el trayecto.

Finalizo con estas palabras que son ilustrativas del estado de ánimo que le provocó el viaje, pertenecientes al epílogo de la obra:

“África es dura y difícil, y muchas veces incluso fea. Algunas noches te duermes deseando que al despertar, te encuentres en tu cálido hogar europeo, y África, no haya sido otra cosa que una pesadilla que al fin, se ha esfumado.

No crea quien esto lea, que no he disfrutado del viaje, y que no he disfrutado escribiendo sobre ello. Todo lo contrario. Creo que no me he reído nunca en África como en este último vagabundeo, y sobre todo, me reí a menudo de mí mismo, que es la más saludable de las risas”

8. Conclusiones

A continuación expondré las conclusiones de esta investigación.

Estas tendrán dos apartados, A y B. En el primero recapitularé sobre las motivaciones que me han llevado a escoger este asunto, al tiempo que pondré de manifiesto las razones que me hacen considerarlo interesante.

Además expondré en un segundo apartado los objetivos, para ver si se han cumplido o no.

A.

Casi desde que tengo uso de razón me he sentido fascinado por el continente africano. Un interés que como ya apunté en la introducción, fue aumentando progresivamente a lo largo del tiempo. Tanto es así, que llegué a realizar varios viajes a África. Por eso no es de extrañar que me haya decidido a indagar en la obra africana de Javier Reverte, uno de los referentes del periodismo y la literatura de viajes en lengua española. Si a esto unimos que Reverte presta una gran atención a la situación política africana, que me atrae más que otros ámbitos de la realidad del continente, poco más hay que añadir respecto a mi interés personal por el asunto. Sin embargo, el interés de los escritos de Reverte u otros periodistas que se han acercado a África, trasciende el ámbito personal, para tornarse en general.

Al periodismo se le encomienda la misión de mantener informada a la sociedad, a través de los medios de comunicación. Estos por desgracia, cuando se trata de medios generalistas, están constantemente sujetos a la actualidad. Esta tiranía afecta también al periodismo de viajes.

La gran mayoría de las veces, bien por falta de espacio o tiempo, bien porque existen otros asuntos prioritarios para quienes dirigen los medios de comunicación, muchos temas quedan fuera de la agenda de dichos medios. En el mejor de los casos, el asunto en cuestión, acaba por entrar pero con un espacio reducido la mayor parte de las veces. Esto hace necesaria la existencia de libros como los escritos por Javier Reverte y John

Carlin. Primero porque las cuestiones que suelen tratar en sus publicaciones, no pueden ser abordadas en un solo artículo debido a su complejidad. En el mejor de los casos, harían falta varios reportajes, algo que tratándose de medios generalistas, y de temas africanos, no parece muy factible.

En segundo término, un libro permite abordar algunos asuntos que ya han sido tratados de algún modo por los medios de comunicación, desde otro punto de vista novedoso y que no tendría cabida en ellos, irremisiblemente ligados a la actualidad.

B

Por lo que respecta a los objetivos propuestos, estos se han visto cumplidos.

En lo concerniente a la figura de Javier Reverte, he realizado una pequeña aproximación a su biografía. Aunque ya conocía su faceta literaria, la investigación me ha permitido ahondar en su trabajo periodístico, que era prácticamente desconocido para mí, al tiempo que obtenía detalles sobre algunos aspectos de su labor literaria, que me eran ajenos.

También he conseguido, en parte gracias a la información proporcionada por Javier Reverte en sus libros, realizar una pequeña aproximación a algunos de los viajeros que se han internado en el continente africano.

Asimismo he logrado de forma somera, (no era otra mi intención), acercarme a la realidad de los países que visita Javier Reverte)

Por último, pretendía determinar qué aspectos de la realidad africana eran los fundamentales para Reverte, y qué otros tenían para él una menor importancia.

La balanza se inclina hacia la historia, que constituye el mayor componente de los tres libros. En el segundo y el tercer libro africano de Reverte, esta ocupará aún más espacio que en su primera obra. Esta inclinación por la historia es comprensible, pues de la lectura de su obra se desprende que a Reverte le interesan más las personas que los paisajes. Por eso, no extraña tampoco que al tiempo que se ocupa de la historia política de los lugares que visita, también dedique bastante espacio, sobre todo en *El Sueño de África*, a algunos elementos de las civilizaciones y culturas africanas. Otro aspecto del

que se ocupa Reverte es de mostrarnos su visión de África, al tiempo que nos ofrece también la de los viajeros que encuentra durante su recorrido. Una visión que dota de interés al relato de Reverte y a narraciones similares, y que estará presente en toda su trilogía. Ambos constituyen el segundo y el tercer aspectos en orden de importancia.

Las descripciones de paisajes y el desarrollo del viaje, completan el panorama revertiano. Las descripciones estarán presentes sobre todo en su primer libro africano, menguando considerablemente en sus siguientes obras. Todo lo anterior, gira en torno a los viajes realizados por Reverte, que además de ser el germen de sus libros, son su hilo conductor.

9. Bibliografía

Bolte, Sarah (2013). ‘El Doctor Livingstone, supongo’. *El Mundo*. Recuperado de <http://www.elmundo.es/elmundo/2013/03/17/ciencia/1363524119.html>

Bugallal, Isabel (2012). “A mi edad, ir de mochileros y dormir en camastros sucios no es fácil”. *Levante-EMV*. Recuperado de <http://www.levante-emv.com/cultura/2012/05/29/edad-mochilero-dormir-camastros-sucios-facil/908838.html>

Carlin, Jhon (2013). *La sonrisa de Mandela*. Barcelona: DEBATE

García Calero, Jesus (2014). Historia de Pedro Páez, el español que llegó en 1963 a las fuentes del Nilo Azul. *ABC*. Recuperado de <http://www.abc.es/cultura/20140312/abc-pedro-paez-etiopia-nilo-201403122248.html>

García Márquez, Gabriel (2016). Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Recuperado de <http://www.nuevoperiodismo.org/>

Kapuściński, Ryszard (2000). *Ébano*. Barcelona: Anagrama

Lagenda (2015). “El buen viajero busca destruir ideas previas”. *Lagenda*. Recuperado de <http://www.lagenda.org/noticias/entrevista-javier-reverte-festival-periplo-septiembre-2015>

Moorehead, Alan (2003). *El Nilo Blanco*. Barcelona: Alba Editorial

Morató, Cristina (2016). Web Oficial. Recuperado de <http://www.cristinamorato.com/>

Novoa, José Manuel (2013). Tuareg, los guerreros de las dunas. Explora Films. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=ta2Li7T7KMo>

Pérez, Vicente (2006). José Naranjo: “A los canarios nos toca elegir entre ser valla o puente para África”. *Diario de Avisos*. Recuperado de

<http://diariodeavisos.elespanol.com/2016/05/jose-naranjo-los-canarios-nos-toca-elegir-valla-puente-africa/>

Reverte, Javier (1996). *El sueño de África*. Barcelona: Plaza & Janes

Reverte, Javier (1998). *El vagabundo en África*. Barcelona: Plaza & Janes

Reverte, Javier (2002). *Los caminos perdidos de África*. Madrid: DEBOLSILLO

Reverte, Javier (2014). Operación Atalanta, una misión con sello español. *ABC*.

Recuperado de <http://www.abc.es/espana/20141214/abci-operacion-atalanta-reverte-201412132013.html>

Rubio, Pilar (2005). Mentiroso patológico. *El País*. Recuperado de

http://elpais.com/diario/2005/06/05/eps/1117952823_850215.html

Sanz, Diana (2013). Charlas en la hoguera con Javier Reverte. *El Mundo*. Recuperado

de <http://www.ocholeguas.com/2013/10/08/otrosmundos/1381226893.html>

Valdehíta, Carolina (2016). Yoweri Museveni gana las elecciones en Uganda bajo acusaciones de fraude. *El Mundo*. Recuperado de

<http://www.elmundo.es/internacional/2016/02/20/56c89798ca47413d4e8b45fb.html>

Vázquez Figueroa, Alberto. Web Oficial. Recuperado de

<http://www.vazquezfigueroa.es/>

Villanueva, Julio (2010). “¿Nos dijo Kapuscinski toda la verdad?”. *El País*. Recuperado

de http://elpais.com/diario/2010/03/03/cultura/1267570801_850215.html

Vivas, Ángel (2013). “Soy escritor de viajes, no de turismo”. *El Mundo*. Recuperado de

<http://www.elmundo.es/cultura/2015/12/29/5682448d22601dc40a8b45dc.html>